



Juan A. Ortega y Medina

“Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente”

p. 491-540

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente

491

Stephens, al menos en parte, reveló el visible pasado de una Panamérica que apenas sí era consciente de su propia existencia.

Van Wyck Brooks,
El mundo de Washington Irving

La misión diplomática de John Stephens

En el año de 1839 el presidente de Estados Unidos, Van Buren, nombraba al incansable explorador y viajero John Lloyd Stephens¹ “delegado confidencial”

¹ En 1837 había publicado *Incidents of travel in Egypt, Arabia Petrea and Holy Land*, y al año siguiente, asimismo como la obra anterior, fruto de sus correrías, su *Incidents in Greece, Turkey, Russia and Poland*, en dos volúmenes, con grabados del doctor Alexander Anderson, que mereció los honores de una edición impresa en Dublín, 1838; dos inglesas, Londres, 1839-1940; una francesa y una sueca, 1841. Según parece también publicó unas *Notes of travel in Egypt and Nubia*, por todo lo cual podríamos decir que Stephens era un experto del Oriente Medio, que apenas si por entonces estaba comenzando a ser abierto por la curiosidad y ansias mercantiles y políticas de la joven nación norteamericana.

del presidente ante la Confederación Centroamericana; pero no pudiendo éste llevar a cabo muy satisfactoriamente su misión diplomática, pues el gobierno liberal centroamericano presidido por el soñador y generoso Morazán iba errante de ciudad en ciudad sin poder consolidarse en ninguna de ellas, decidió nuestro viajero norteamericano cumplimentar las órdenes recibidas, que no eran otras sino la de cerrar la legación y enviar los archivos a Washington, vía Belice-Nueva York, y presentar su credencial diplomática, en turno a Morazán y a su feroz antagonista Carrera; lo que así hizo Stephens, mas sin no poder, como era natural, asegurar de ninguno de aquellos la ratificación del tratado de comercio. Una vez despachadas sus precarias actividades políticas decidió dedicarse, juntamente con su amigo, el extraordinario dibujante y arquitecto inglés Catherwood, a observar la vida y costumbres centroamericanas y, sobre todo, a estudiar las ruinas prehispánicas,² que constituían, en definitiva, el objetivo que les había traído a Centroamérica. Sólo el azar hizo de Stephens un diplomático, porque cuando él preparaba con su fiel y entusiasta Catherwood la magna expedición *anticuaria*, y ya ambos tenían hasta los pasajes sacados, se le ocurrió morir a Mr. William Legget, de Nueva York, ministro norteamericano en Centroamérica; una coyuntura que aprovechó Stephens para solicitar de Van Buren el puesto vacante. La popularidad del viajero, sus relaciones familiares, sus amistades y en especial sus contactos con el partido político entonces en el candelero, le hicieron el candidato indisputable; y nuestro hombre recibió rápidamente su nombramiento, y más rápidamente aun se mandó confeccionar la casaca diplomática de terciopelo azul, galoneada de plata y botones dorados; algo indudablemente, para causar gran impresión –pensaría Stephens– en el ánimo de los centroamericanos.

Para fortuna suya las gestiones diplomáticas no le quitaron mucho tiempo, y aunque tuvo que sufrir los inconvenientes de un país federal, ardiendo todo él en luchas fratricidas, esta misma circunstancia le obligó a desplazarse de un lugar a otro, lo que le permitió conocer gran parte del territorio en rápidos, pero profundos viajes. El alma errática y viajera de Stephens se alegró sin duda de esta situación de discordia civil planteada entre Morazán y Carrera, y lo que cada uno de ellos representaba, porque de esta manera se descargó pronto de sus deberes diplomáticos y pudo emplear la mayor parte

2 Vid. Arthur E. Gropp, *Bibliografía de John Loyd Stephens*, apud César Lizardi Ramos, *Los mayas antiguos*, edición de El Colegio de México, México, 1941, p. 21.

de su tiempo en la para él gratísima faena de andar y ver por tierras de Guatemala, Honduras, Chiapas y Yucatán.

Stephens era, sin duda, un experto en tierras raras, extrañas y curiosas, y terriblemente románticas; era el viajero ideal atraído por las sirenas del exotismo arqueológico o literario poseído por ciertas regiones del globo; por eso, cuando estando en Londres (1836) oyó hablar de unas misteriosas ciudades descubiertas en la América Central, y escuchó las consejas que al respecto le contara emocionadamente su amigo Catherwood, no lo pensó mucho y decidió emprender cuanto antes la expedición en busca de las ciudades americanas aborígenes.

Su prestigio viajero y el éxito de sus libros hicieron de Stephens, según lo pensara tal vez la Secretaría de Estado de su país, el candidato ideal para ocupar el delicado puesto de ministro de Norteamérica ante el gobierno centroamericano. Si Stephens había podido salir con bien de Egipto y de sus camelleros ladronísimos y bandidos, y si había podido asimismo salir airoso de la convulsiva tierra turca, tan famosa entonces en su punto a revueltas y agitaciones de todo orden como Hispanoamérica, o incluso más, bien podría también obtener éxito en su difícil y delicada tarea diplomática en Centroamérica; país tan exótico como Egipto, porque se sabía o sospechaba, y desde bien antiguo, que hasta tenía como éste pirámides; y tan atroz, desorbitado y románticamente disparatado y revolucionado en lo político como la inquieta nación de la Sublime Puerta, con todo y sus jenízaros, beyes, bajaes, divanes, serrillos, eunucos y crímenes cainitas.

Los libros de Stephens sobre la cultura maya

Aunque las obras sobre Egipto, Turquía, Rusia, Arabia, etcétera, que escribiera nuestro viajero, tuvieron un éxito grande, las que publicó sobre sus andanzas por la América Central y Yucatán recibieron del público lector una acogida sin precedentes; y ello, ante todo, debido a tres razones poderosas: a las espléndidas y fieles ilustraciones de Catherwood, que demostraban con creces parte de la tesis de Stephens; a la intención con que dotaba el explorador a su gran descubrimiento, y al estado de opinión que se había formado el hombre norteamericano curioso y estudioso respecto a los descubrimientos arqueológicos llevados a cabo en el área de la cultura maya, a partir especialmente de 1821. Esto último originaba, como opina Von Hagen, el ameno y erudito

biógrafo de Stephens, una inversión total, un cambio absoluto de sentido; en suma, una especie de revolución copernicana en el concepto norteamericano del indio:

La aceptación de una “civilización india” –escribe Von Hagen– demandaba a un [norte]americano que viviese en 1839, una entera reorientación; para él, un indio era uno de aquellos habitantes bárbaros, semidesnudos contra quienes se hacían constantemente guerras. Un pueblo rudo, subhumano, que cazaba con la cautela de un animal; artesanos de vestimentas de pieles de búfalo, de puntas de flecha y de lanza, y de época cosa más. Ni siquiera un solo norteamericano imaginaba llamar “civilizados” a los otros indígenas que habitaban el continente. Con la aceptación universalmente válida, dichos indios eran considerados salvajes al igual que sus réplicas norteamericanas (pielesrojas). Nadie imaginaba que a través de la meseta mexicana, en dirección hacia la jungla verde y baja, y en medio de ella hubiera ruinas de templos, acrópolis y calzadas de piedra que pertenecieron a una civilización tan grandiosa y vasta como la de Egipto. Los nombres de Cortés, Pizarro y Bernal Díaz del Castillo no eran sino sinónimos de rapiña; las palabras “azteca”, “maya”, “tolteca” e “inca” no estaban en ningún diccionario y sólo se hallaban en unas pocas historias. Estas civilizaciones no solamente estaban muertas –porque la muerte implica el haber vivido alguna vez– sino que, incluso para la gente preocupada en descubrir la antigüedad, eran desconocidas.³

Empero, antes de intentar el análisis a fondo de los puntos aquí emplazados, conviene decir algo que nos parece ahora venir de perlas para poder deslizarnos hacia lo que en líneas arriba anunciábamos. En 1841 se publicó simultáneamente en Londres y Nueva York la primera obra de Stephens relativa a la cultura maya, decantación arqueológico-costumbrista de su primer viaje (1830-1840): *Incidents of travel in Central América, Chiapas and Yucatan*.⁴

3 Victor Wolfgang von Hagen, *Maya explorer John Lloyd Stephens and the lost cities of Central América and Yucatan*, Norman, University of Oklahoma Press, 1948, p. 75.

4 Nosotros hemos utilizado la edición príncipe, Harper & Brothers, Nueva York, 1841. En lo sucesivo la citaremos indicando simplemente *Incidents*. La edición coetánea de

Como Stephens sabía ver bien y calar hondo, su obra constituye un riquísimo arsenal de materiales costumbristas, y aunque la atracción que éstos ofrecen es tentadora, no es ésa la vertiente que ahora nos hemos propuesto descubrir en su obra. Lo que nos interesa destacar es la aportación del viajero al conocimiento arqueológico maya, y el sentido y orientación singulares que dio a dicho conocimiento.

Hasta la muerte de Stephens, ocurrida en 1852, el número de ejemplares impresos de esta primera obra mayista ascendió a 25 000, y el de las ediciones –desde la primera de 1841 a la de 1871– a doce;⁵ cifras por entonces altas, inclusive en Norteamérica, y que prueban nuestro aserto relativo al entusiasmo arqueológico provocado por el libro en el público culto y semiletrado de dicha nación; que en Nueva York representó más del diez por ciento de una población entonces de 300 000 almas, entre las cuales se vendieron más de 20 000 ejemplares en tres meses, al precio de cinco dólares los dos tomos.⁶ Se ve que Nueva York absorbió casi toda la producción; pero hay que suponer que las otras grandes ciudades norteamericanas recibirían los dos volúmenes a través de sus libreros y bibliotecarios. Percatado Stephens de su gran descubrimiento –ya llegará el momento de aclarar en qué consistió éste– y dándose cuenta de lo que había hecho hasta entonces no era sino iluminar un sector reducido de la impenetrable cuanto atrayente obscuridad de la cultura maya, y no queriendo competidores más o menos serios que amenazaran o disminuyeran su bien ganado prestigio de primer explorador y descubridor estadounidense de la arqueología americana, continuó su plan, ya trazado y madurado desde el primer viaje que realizara a la América Central, y en 1841, acompañado de vuelta por Catherwood, y ahora además por el joven Samuel Cabot, recién graduado médico en Harvard, hábil naturalista y disecador, mejor cirujano y estupendo enmendador de bisojos, regresó a Yucatán, cargando además con

Londres fue impresa por J. Murray, el editor de Byron, Darwin y de la mayor parte de las luminarias literarias del día en Inglaterra. *Vid.* Von Hagen, *op. cit.*, p. 200.

5 *Cf.* A. E. Gropp., *op. cit.*, p. 21. Según Richard L. Predmore, editor y prologuista del *Incidents* Nueva Brunswick, Rutgers University Press, 1949, las nueve primeras ediciones aparecieron en un periodo de tres meses; en realidad, añade, reimpressiones de la primera (*Ibid.*, p. XVII, I, n. 3). Otro dato es que del trabajo de *Egipto* se imprimieron 21000 ejemplares; del de Grecia, 12 000; del de *C. América*, 15 000 y del de Yucatán, 9 750. *Vid.* *Dictionary of American Biography*, v. XVII, Art. *Stephens*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1937.

6 *Cf.* Hagen, p. 197.

dos daguerrotipos para retratar las ruinas y hacer lo propio con las *señoritas* yucatecas que se pusieran a foco; dos atracciones muy importantes y para las cuales el gran Stephens se mostró siempre terriblemente sensible y entusiasta.

Entre tanto se le había adelantado un viajero y explorador paisano, Benjamin Norman, que tras un viaje relámpago de ida y vuelta a Yucatán –cuatro meses por todo, según su propia confesión–, y aprovechando incluso los trabajos de desmonte ordenados por Stephens la temporada anterior,⁷ y además los consejos de éste, se apresuró a publicar un libro escrito a la carrera, con el que se quiso aprovechar la expectación del público por la obra anterior de Stephens, al par que desviar hacia sí los beneficios de una buena y fácil venta. Dicho libro de Norman, *Rambles in Yucatan*,⁸ *best-seller* de su tiempo, tuvo la fortuna de prosperar en tanto que no aparecieron los dos volúmenes posteriores de Stephens. Contrasta grandemente el título larguísimo, reclamista, del libro de Norman con el que puso Stephens a su primera obra de tema maya, y con el que pondrá a la segunda: *Incidents of travel in Yucatan*,⁹ en dos volúmenes, publicada por el mismo editor de su anterior obra (1843). Lo que Norman buscaba, como ya hemos dicho, era desviar hacia sí el interés despertado en la gente por la publicación primera de Stephens sobre los mayas arqueológicos, y no hay que ser, en efecto, muy perspicaz para darse cuenta de que el título con que corona Norman su libro está pensado con vista a llamar la atención sobre el tema *anticuario*, que era el que despertaba la curiosidad de los lectores; de aquí la segunda parte del encabezamiento –alusión bien clara y precisa sobre la cultura maya por el hecho de nombrar cuatro de sus más famosos centros– que no resulta, por lo mismo, ni completamente casual, ni absolutamente inocente.¹⁰ El mayor mérito de la obra de Norman con-

7 Cf. Alfred M. Tozzer, *Stephens and Prescott, Bancroft and others*, apud. L. Rasmus, *op. cit.*, p. 36.

8 B. M. Norman, *Rambles in Yucatán or notes of travel through the Peninsula, including a visit to the remarkable ruins of Chi-Chen, KaBah, Zayi and Uxmal, with numerous illustration*. J. & H. G. Langley, Nueva York, y Thomas Cowperthwait & Co., Filadelfia, 1843. En lo sucesivo citaremos sencillamente *Rambles*.

9 Nosotros hemos utilizado la traducción realizada por Justo Sierra O'Reilly, *Viaje a Yucatán (1841-1842)*, prólogo de C. Lizardi Ramos, 2a. ed., México 1937, 2 v. En lo sucesivo citaremos así: *Viaje*.

10 Obsérvese, en cambio, con qué sencillez y sin dar muestras de acusar el golpe, Stephens responde a la penetración de Norman con un título menos alusivamente arqueológico. En el fondo Stephens tenía confianza en su prestigio –y no se equivocaba–.

siste precisamente en que en todo y por todo prosigue los lineamientos trazados por Stephens, su inspirador y maestro,¹¹ en el primer libro, si bien no acierta a percibir con absoluta claridad la intención y fines de su modelo. A pesar de todo lo dicho hasta ahora en desfavor de Norman, no queremos, sin embargo, expresar que él haya sido deliberadamente un malintencionado; creemos más bien que él se decidió a obrar como lo hizo, entusiasmado por el éxito de su dechado, y con la esperanza de emularlo e incluso sobrepujarlo, que a tales extremos digamos con los clásicos, ciega la fama a aquellos que más la anhelan. Más aún, Norman, como buen yanqui, era un hombre dispuesto constantemente por la acción —el hecho de consolar su viudez con un viaje tropical aventurado y ruinoso nos lo comprueba—; lanzado sin reposo en busca de novedades productivas; de aquí que la lectura de la obra primera de Stephens,¹² junto con las informaciones que recabó de los pocos enterados de entonces, le produjeran, sin atinar ciertamente en la causa del impulso íntimo, “un irresistible deseo de explorar”.¹³ Que no hubo total mala fe por parte de Norman, se pone de manifiesto cuando ingenuamente nos confiesa su propósito de contribuir a esa curiosidad universal que se había despertado en Norteamérica, y de ayudar al interés ya desvelado de sus conciudadanos respecto a las cosas del pasado maya:

La curiosidad casi universal que se ha despertado en todas partes —escribe Norman—, por medio de la cual el sentimiento público se ha manifestado con respecto a las vastas e inexplicables ruinas de *nuestro* hemisferio halladas en la América Central y Yucatán, no ha sido excedida, al menos en los tiempos modernos, no importa que ella se haya ejercido sobre un asunto que no posee el menor interés práctico e inmediato, sin exceptuar siquiera la curiosidad que se desatara con motivo de los descubrimientos de los anticuarios modernos en Egipto. No entra en los propósitos del autor *el analizar este movimiento o discernir sus causas*; sólo le interesa

Además, el nombre que pusiera a los dos tomos últimos encajaba perfectamente en la serie viajera escrita por él; una cosa ciertamente que no se debe perder de vista.

11 En el número 13 de la Plaza Le Roy, en Greenwich Village, se presentó un buen día un desconsolado viudo, Norman, para pedir a Stephens, que todavía estaba redactando su primer viaje, consejos y recomendaciones. *Vid. Hagen, op. cit.*, p. 194.

12 Así lo da a entender el propio Norman. *Vid. Rambles*, p. 4.

13 *Ibid.*, p. 73.

mostrar que él tiene buenas razones para presumir que los ulteriores desarrollos y exploraciones que se realicen en estas misteriosas reliquias de la antigüedad no fallarán en reavivar cierta parte del interés que el espíritu de la gente, de este país cuando menos, ya ha manifestado.¹⁴

Si el lector relaciona el párrafo transcrito con nuestra nota, sin mayores dificultades percibirá que, para cuando escribía Norman, ya el interés anticomunista norteamericano había experimentado un giro extraordinario; es decir se había apuntado hacia algo que se sentía más cercano, legítimo y propio. Pero antes de esto, el entusiasmo egiptológico norteamericano no fue simple curiosidad, sino indicio de madurez de una nación que anhelaba estar a la altura de su herencia exclusivamente occidental y europea. La participación norteamericana en el botín arqueológico del Creciente Fértil era señal de su mayoría de edad; de su legítimo afán de situarse a la altura de las naciones de Europa, recabando su participación en la herencia común mediterránea tanto cultural como económica.

Mas volviendo de nuevo a Norman, podemos ver, como él confiesa, su ignorancia respecto a las causas que movían aquella súbita afición, aquel desmedido y nuevo afán por las antigüedades indígenas de Centroamérica y Yucatán. Norman, en definitiva, se había dejado arrebatar, como tantos otros

14 *Ibid.* 4. Cursivas nuestras. En Norteamérica, aclaremos el sentido velado del párrafo transcrito, había toda una corriente arqueológica interesadísima con las momias y demás cosas de Egipto. El primer egiptólogo en los Estados Unidos fue el cónsul americano en el Cairo, George Gliddon, que a tantos viajeros ayudó (entre ellos a Stephens), que en 1841 publicó un panfleto que, según Von Hagen, a quien seguimos en esta nota, “señaló el génesis del interés arqueológico americano en Egipto: *Appeal to the Antiquarians in the Destruction of Monuments*”. También reunió cráneos egipcios para el célebre doctor Samuel Morton, y dio conferencias sobre egiptología, las primeras que sobre tal tema se dieron en Norteamérica (1837-1838 y 1842-1850). Exhibió un panorama transparente de Egipto, en Nueva York; pero lo que lo hizo famoso en Broadway, por aquel entonces, fue la discusión acalorada que se promovió entre los egiptólogos norteamericanos en ciernes con motivo del sexo de una momia que había sido recientemente traída de Egipto. Con la expectación del caso se desenrolló el vendaje de la momia, y Gliddon quedó corrido y menguado de prestigio cuando se vio que la momia exhibía aún, fosilizado, el inequívoco sello de su virilidad petrificada. El interés norteamericano por Egipto había comenzado en 1832, y tres años antes de que Stephens llegara a la tierra de los faraones, el coronel Méndez Cohen, de Baltimore, había ya hecho una notable colección de momias egipcias. *Vid.* von Hagen, *op. cit.*, p. 44, n. 1.

norteamericanos, por el giro que se le había dado, como antes aludimos, a la curiosidad ancestral; en suma se había dejado arrastrar por la novedad anticuaría americana (maya); lo que lo distingue de Stephens, que sí presentía cuál era el flujo y reflujo de la nueva moda, como que era uno –si no el único– de los responsables de la misma. Norman hablaba además, como quien dice, por boca de ganso, y por eso repite, aunque sin percibir el recóndito latido de la cosa, que únicamente entre sus conciudadanos había hallado eco el problema de los descubrimientos –mejor sería escribir redescubrimientos de las ruinas mayas–. En cambio Stephens, como ya veremos, sí barruntaba lo que con esto quería dar a entender.

Si Stephens tuvo recelos para las actividades de Norman, no dio muchas muestras de ello; antes bien no tuvo el menor inconveniente, como ya lo vimos, en ayudar a su competidor, dándole inclusive cartas de presentación y, según Norman manifiesta, una copia del trabajo mamotréptico de Waldeck.¹⁵ Realmente, Norman no abrigó hacia Stephens sino una profundísima admiración y un decidido y legítimo empeño, según ya apuntamos, de emular a su inspirador; pero sin dejar por eso de reconocer en buena ley, y cada vez que haya comodidad en ello, la deuda de gratitud que contrajera con su incitador y patrón, “a cuya labor reciente –escribe Norman– debí[a] mucho en [su] intento de acercar[se] al objetivo de [su] averiguación”.¹⁶

El éxito del segundo trabajo de Stephens opacó todo lo que con anterioridad se había hecho en el campo de la cultura maya; pero es de justicia aclarar que las ilustraciones de Catherwood mucho contribuyeron a esto. Tal vez sin aquellos hermosos grabados los libros de Stephens hubieran pasado un tanto desapercibidos, y sin que nadie, salvo unos pocos, cayera en la cuenta de su carácter revelador, nacional y estético; y quizás asimismo no habrían obrado como catalizadores entre el pasado maya y el presente norteamericano –décadas de los treinta y cuarenta del siglo pasado– henchido de esperanzas y de apetencias continentales.

15 *Rambles*, p. 67. Vid. Frederick Waldeck, *Voyage pittoresque et archéologique dans la province de Yucatan, Amérique Centrale, pendant les années 1834 et 1836*, folio, París 1838. Hay también traducción castellana: *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán* (América Central), traducción y prólogo del doctor Manuel Mestre Chigliazza, edición de Carlos R. Menéndez, Mérida, Yucatán, México, Cía. Tipográfica, 1930 (edición de 110 ejemplares).

16 *Rambles*, p. 150.

La objetividad de que hizo gala el dibujante, al no añadir por su parte nada para embellecer las reproducciones, ni para egiptilizarlas u orientalizarlas, lo que lo diferencia bastante de Waldeck, fue un aliciente más que sumar a los muchos que ya poseían los textos descriptivos, selváticos y románticos. Por fin, en marzo de 1844 aparecieron en Londres las 25 láminas en folio dibujadas por Catherwood, que se amparaban bajo un título sugerente y ya decididamente arqueológico: *Vistas de antiguos monumentos de la América Central, Chiapas y Yucatán (Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan)*; obra grandiosa y extraordinaria que para 1852 había llegado a 9 750 ejemplares, habiéndose imprimido entre 1847 y 1860 más de seis veces.¹⁷ Este trabajo fue, y lo es aún espléndido; pero en comparación con el proyecto primitivo, que no pudo llevarse a cabo por falta de recursos económicos y por la caótica situación política en los Estados Unidos, resultó mezquino, porque en el plan original el número de láminas se había calculado entre 100 y 120, en lugar de la cuarta parte de esta cantidad –cuentas redondas– que fueron las que aparecieron.¹⁸

17 Véase A. Gropp, *op. cit.*, p. 21.

18 En el proyecto primero, Stephens iba a tomar parte con un prólogo substancioso. En una carta que nuestro viajero enviara a Prescott (25 de marzo de 1843) afirmaba lo que sigue: “pienso imprimir un prospecto con el proyecto de publicación de una gran obra sobre las antigüedades americanas, una publicación que ha de contener entre 100 y 120 grabados, para que dicho prospecto sirva como propaganda de suscripción. Los grabados serán tamaño folio y se publicarán en cuatro números trimestrales, al precio de ¡cien dólares! Novecientos suscriptores que logre tener me cubrirán de pérdidas, por lo cual de esta última cosa es de la que me cuido”. Cf. Tozzer, *op. cit.*, p. 49. La gran obra iba a ser un cañonazo intelectual y arqueológico, que iba a repercutir fundamentalmente en el Viejo Mundo, por lo que en tono velado se había invitado a los dos colosos de entonces en Europa, Humboldt y Sir James Wilkinson, a que colaboraran en la magna empresa. La *réplica americana* correría a cargo de Stephens, y, fundamentalmente, a costa de Prescott y de Gallatin –este último, aunque ginebrino, era americano de corazón– quienes se oponían terminantemente a la postura ecléctica del famoso barón y a la tributaria y ancilar que el noble inglés establecía entre los “signos” americanos respecto a los de Egipto. Desgraciadamente la obra no pudo llevarse a cabo, y Von Hagen explica el fracaso (p. 261-262) a cuenta de la situación política inglesa y a cuenta de la inmersión de Stephens en el cenagal político; empero, ¿no podría asimismo verse en el fiasco el rechazo europeo al no querer poner en tela de juicio su muy infundada superioridad anticuaría? ¿No podría también entenderse el quebranto como una manera de zafarse de la vieja Europa del reto americano arqueológico a que la emplazaba la pujante nación estadounidense?

Las fuentes de Stephens

Cernir las fuentes que sirvieron a nuestro explorador para lanzarse a su aventura arqueológica y para ponerse en trance de escribir sobre las ruinas de las viejas ciudades mayas, viene a ser lo mismo que hacer un inventario y un rastreo de los conocimientos que se tenían sobre aquella cultura prehispánica hacia el año de 1841, fecha en que apareció, según sabemos, el primer trabajo americano de Stephens. También será poner de manifiesto la manera como Stephens se deslizó hacia el tema anticuario maya; cómo éste despertó su curiosidad y de qué modo se puso él en contacto con las estelas de Uxmal, que cual esfinges americanas no dejaron pasar al asombrado viajero sin una respuesta justa o, cuando menos, algo aproximada.

Señalemos desde ahora que nuestro espulgo de fuentes no irá más lejos de lo que el mismo Stephens dejó asentado al referirse a ellas, y añadamos asimismo, para orientar al lector, que no damos aquí comienzo a un estudio crítico-comparativo con vista a comprobar las coincidencias: los aportes, plagios y refritos, si los hay o no en Stephens, no nos interesan. El que el viajero arqueológico haya o no copiado a tal o cual autor anterior o coetáneo, ni nos inquieta ni preocupa.

Fundamentalmente, las informaciones más sólidas que Stephens recibiera acerca de las antigüedades mayas y de su importancia incitadora giran alrededor de cuatro fuentes fundamentales: Del Río, Dupaix, Kingsborough y Waldeck. En realidad fueron sólo las tres primeras, porque el propio Stephens confiesa que antes de abandonar Yucatán (primer viaje) apareció el libro del fantasmagórico y pintoresco conde,¹⁹ resultado, escribe maliciosamente, “de un año de residencia en Mérida y ocho días en Uxmal”.²⁰ Sin embargo, a pesar de la manifiesta hostilidad de Stephens, que acusa además de plagio a Waldeck por haber éste copiado el texto de Dupaix, él hubo de tener el libro tan detestable en su propia mesa de trabajo mientras ordenaba sus propias notas y escribía su primera obra yucatanense.²¹

19 *Vid. supra*, n. 15. Efectivamente en el *Viaje pintoresco* casi nada se dice de Palenque, que fue el lugar donde Waldeck vivió dos años (1832-1834). Waldeck esperaba su propio centenario (1866) para publicar, en unión de Brousseau de Bourbourg, los *Monuments anciens du Mexique: Palenque et autres ruines de l'ancienne civilisation du Mexique*, París, 1866.

20 *Incidents*, 2, p. 420.

21 Esto habíamos escrito antes de leer la obra de Von Hagen; un juicio que, por fortuna,

Las noticias que nos proporciona Stephens acerca de Del Río son bastante exactas,²² informándonos que treinta años después de haber sido descubierta la ciudad de Palenque por unos comerciantes españoles, el rey de España ordenó al capitán D. Antonio del Río que localizara e informara acerca de dicha ciudad (1786).²³ El 3 de mayo de dicho año el citado capitán llegaba a Palenque. El informe del milite, junto con un comentario del doctor Paul Félix Cabrera,²⁴ fue archivado en la Nueva Guatemala, sigue informándonos Stephens, y cayó en manos de un inglés residente en la ciudad (doctor Thomas McQuy) que lo tradujo y envió a Londres en donde se publicó en 1822.²⁵ A pesar de que Humboldt había tenido noticias de Palenque desde 1810, y durante su visita a la Nueva España, el informe de Del Río era el primer libro que se publicaba en Europa sobre las ruinas centroamericanas. En 1836, encontrándose los futuros colaboradores –Stephens, Catherwood– en Londres, cayó en manos del segundo el curioso libro, y quedó, sobre todo, encantado con la su-

en este caso podemos ratificar. John Russell Barlett, contemporáneo de Stephens, escribió que él incitó al fecundo viajero a la empresa americana prestándole el Waldeck (1838). *Vide. Diario de J. R. Barlett*, depositado en el archivo de John Carter Brown Library de Providence, R. I. *Cf. Von Hagen, op. cit.*, p. 73.

22 *Incidents*, 2, p. 295-296.

23 La historia de los descubrimientos en Palenque antes de esta fecha es la siguiente: el canónigo de la catedral de Ciudad Real de Chiapas, oyendo las leyendas pueblerinas acerca de una perdida ciudad india, decidió visitar la ciudad, y escribió sobre su visita una *Memoria relativa a las ruinas de la ciudad descubierta en las inmediaciones del pueblo de Palenque de la Providencia de los Tzendales del Obispado de Chiapa*, la cual dirigió al Ilmo. Y Rvmo. Obispo de esta diócesis (1784). El canónigo se dirigió también a D. José Estachería, presidente de la R. Audiencia de Guatemala, al que ya había enviado la *Memoria* desde 1773, año en que el canónigo –fray Ramón de Ordóñez y Aguiar– visitara Palenque; mas el presidente nada pudo hacer sino hasta el año de 1776, en que dirigió un oficio al respecto al alcalde de Santo domingo de Palenque instándole a que visitara las ruinas. D. José Antonio Calderón, acompañado por el arquitecto italiano Antonio Bernasconi, así lo hizo, y escribió un informe que fue enviado a Madrid, para quedar sepultado en cualquier archivo. Entonces fue cuando un nuevo decreto real movió al capitán Del Río a penetrar en la selva palenquiana (1786).

24 Se refiere Stephens al trabajo de dicho doctor, titulado *Teatro crítico americano*. Cabrera había podido copiar el informe de Del Río antes de que fuera enviado a España, y con él pergeñó su *Teatro*, en el cual adscribió las ruinas de Palenque a la cultura egipcia.

25 Antonio del Río, *Description of the ruins of an ancient city, discovered near Palenque in the Kingdom of Guatemala in Spanish America*. Waldeck, que todavía no conocía a América hizo unos rudos grabados para esta edición. En ella se insertaba además el *Teatro* de Cabrera *Or a critical investigation and research into de history of the Americans*. En 1832 parece ser que editó de nuevo a Del Río.

gestión que daba a los lectores del editor, al incitarlos a cambiar el campo de sus investigaciones arqueológicas; es decir, a dejar Egipto por la tropical Centroamérica. Catherwood, ni corto ni perezoso, se apresuró a buscar a Stephens y a darle a conocer el tesoro bibliográfico encontrado:²⁶ el “sésamo ábrete” de la cultura maya.

De Dupaix el cuento es aún más largo, y la historia del manuscrito, que el capitán de dragones enviara a Carlos IV (1804-1807), más azarosa. En el intervalo, Del Río (1786) Cabrera (1822), el gobierno español había enviado al capitán Guillermo Dupaix a Palenque. Éste se hizo acompañar del hábil dibujante Castañeda, quien con técnica de Piranesi²⁷ dejó constancia del esplendor de la vieja ciudad maya. Con la revolución de independencia –escribe Stephens–²⁸ el manuscrito quedó en manos del dibujante, el cual se apresuró a depositarlo, en unión de sus dibujos, en el Gabinete de Historia Natural de México. Allí estuvieron guardados hasta que en 1828 el abate Baradère obtuvo copias del texto y de los dibujos y los mandó publicar en París. La edición resultó excelente, y los dibujos de Castañeda, junto con los comentarios de los arqueólogos de aquellos días, los señores Lenoir, Farcy, Warden, Saint Priest y el mero abate, dan a los folios un encanto europeizante y anticuario.²⁹

Respecto a Kingsborough³⁰ poco escribe Stephens; pero en lo poco revela su desdén por los “pesados tomos, que por lo que toca a Palenque –expone Stephens– son una mera reimpresión de Dupaix”,³¹ lo cual, en cierta medida, es verdad. En suma, nótese que el autor al que concede más autoridad y seriedad es a Dupaix, “cuya gran obra sobre las antigüedades mexicanas –añade Stephens– despertó la atención de los ilustrados en Europa”.³²

Éstas son, pues, sus fuentes fundamentales y las que le lanzaron al primer viaje; mas a ellas habría que añadir otras de carácter más general, y que, al

26 Cf. Von Hagen, *op. cit.*, p. 62.

27 Vid. Van Wyck Brooks, *The World of Washington Irving*, E. P. Dutton & Company, Inc., 1944, Kingsport, Tenn., p. 375, n. *infra*.

28 *Incidents*, 2, p. 297.

29 Vid. Lorenzo de Zavala, *Notice sur les monuments antiques d'Ushmal dans la province de Yucatan: "Antiquités mexicaines, relation de trois expéditions du Capitaine Guillaume Dupaix"*, París, 1834-1835, folio, 4 v. Véase también esta última obra en Kingsborough, v. V.

30 Eduard King, lord Kingsborough, *Antiquities of Mexico...*, folio, Londres, 1831-1848, 9 v.

31 *Incidents*, 2, p. 298.

32 *Ibid.*, 2, p. 262.

igual que las anteriores, sirvieron también para guiar los pasos arqueológicos de Stephens, en especial en el segundo viaje: Herrera y Tordesillas, Cogolludo, Remesal, Bernal Díaz, Gómara, Torquemada. Alaba a Robertson por haber abierto campo a las antigüedades del Continente Americano, y también, en otros casos, según veremos, lo llena de vituperios por el desdén del historiador escocés hacia las culturas prehispánicas de México y Perú.³³ Ensalza a Humboldt por su contribución mexicana: Cholula, Mitla, Xochicalco, etcétera;³⁴ a Francisco Fuente, al que leyó a través de Juarros,³⁵ por referirse a Copán; y al coronel Galindo por su *Informe*,³⁶ el primer hombre, escribe Stephens, que aunque se informó en Fuente, presentó a la consideración de Europa y Estados Unidos las ruinas de Copán, si bien no hizo mención de la piedra oscilatoria (*hammosck*) con figuras esculpidas, que fue su incentivo para visitar las ruinas.³⁷

También hace mención Stephens de otros autores y fuentes de importancia secundaria: Montgomery, que visitó Guatemala poco antes que él,³⁸ Conder,³⁹ Francisco Vázquez, historiador de la orden franciscana y autor de la *Crónica de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala* (1711) y otros personajes, de velamen histórico todavía menor, de los que menciona Juarros: D. Juan Torres⁴⁰ y D. Miguel Rivera.⁴¹ Mas no se crea que Stephens

33 William Robertson, *History of America*, W. Stranhan, F. Cadell, Londres, 1777, 2 v.

34 Véase el Atlas, *Vues de cordillères et monuments de peuples indigènes de l'Amérique*, folio, París, 1813. Hay diversas reducciones manejables de esta hermosa obra: París, Librería Grecolatinoalemana, 1816, 2 v., París, 1869, v. I.

35 Domingo Juarros, *A history of the Kingdom of Guatemala*, traducción de la edición guatemalteca de 1808 (*Compendio de las Historias de la ciudad de Guatemala*, 2 v.), por John Hearne, Londres, 1823.

36 *Incidents*, I, p. 131. Vid. Juan Galindo, *Informe de la comisión científica formada para el reconocimiento de las antigüedades de Copán, por decreto del 15 de enero de 1834, del C. Gefe Supremo del Estado de Guatemala, Dr. Mariano Gávez*, 1834. Probablemente Stephens pudo leerlo en traducción inglesa: Cor. Juan Galindo *The ruins of Copan in Central America*, en "Proceedings of the American Antiquarian Society", 1836, v. II, p. 543-550).

37 *Incidents*, I, p. 31.

38 G. W. Montgomery, *Narrative of a journey to Guatemala in Central America in 1838*, Nueva York, Wiley and Putnam, 1839.

39 Josiah Conder, *Mexico and Guatemala*, Londres, James Duncan, 1825, 2 v.

40 Nieto del último rey quiché. Dejó un manuscrito que pasó a poder del cronista Fuente, el cual lo obtuvo por intervención del padre Vázquez. *Incidents*, 2, p. 159.

41 Personaje incluido que informó a Stephens acerca de las ruinas de Santa Cruz de Quiché. *Incidents*, 2, p. 185.

tuvo suficiente con esta nutrida información, porque siendo como era un espíritu inquieto devoró con los ojos cuanta crónica o notas ya impresas o manuscritas cayeron en sus manos y dio crédito a toda leyenda de la que se le hizo partícipe.⁴²

En los dos volúmenes posteriores, como ya apuntamos, Stephens amplió algo más su bibliografía, si bien expresándola de un modo tácito. Para explicarnos la historia de los itzaes acudió a la obra de Villa Gutierre;⁴³ para documentarse sobre Chichén echó mano a Herrera, al que declara “el historiador español tal vez más digno de confianza”,⁴⁴ y leyendo a Nebel encontró una cierta similitud entre los bajorrelieves de la piedra conmemorativa de Tízoc y los de Chichén;⁴⁵ con lo cual se ve que a Stephens no le faltaba olfato arqueológico y estilístico para percibir la influencia nahua-tolteca en el estilo de Chichén Itzá: una hipótesis que aventuraba Stephens, la cual, sin que sea menoscabar la afirmación de Spinden, nos parece más preñada de barruntos que la de probar la hegemonía del arte maya a despecho de las diferencias de espacio y geografía de sus centros.⁴⁶

42 Injusto sería no reseñar la leyenda del pueblo indio, de vivir prehispánico, que le contó el cura de Santa Cruz de Quiché, y la participación modesta, pero interesante, que el yucateco D. Pío Pérez tuvo en la obra del notable explorador norteamericano, al encontrar a éste en los pozos de Bolonchén para hacerle entrega de una *Cronología antigua yucateca* que don Pío había copiado en Peto del libro del Chilam Balam. Creía también Stephens que en las bibliotecas de los viejos conventos se podrían hallar manuscritos reveladores de la antigua cultura maya (*Incidents*, 2, p. 454-457). Creía asimismo que en mitad de la selva vivían los descendientes de los itzaes que habían huido siglos antes para evitar el contacto español (*Ibid.*, 2, p. 145), y no le faltaba cierta penetración, bien que se retardó mucho el descubrimiento de Bonampak (1945) y las relaciones con los lacandones.

Sobre Tabasco recibió Stephens informes de un tal señor Walker, y de Palenque del sobrecargo Noah O'Platt y, especialmente, del capitán inglés John Herbert Caddy, que visitó la ciudad y dejó un informe de su visita, así como dibujos y planos: *The city of Palenque*, en el archivo del Dr. Saville (todavía inédito). Vid. Von Hagen, *op. cit.*, p. 149, n. I.

43 Juan Villa Gutierre, *Historia de las conquistas de los itzaes, reducción y progreso de los lacandones y otras naciones bárbaras de indios gentiles que se hallan en Yucatán y Guatemala*, Madrid, 1701. Hay ediciones más recientes de la Biblioteca Gohatemala, t. IV, Guatemala, 1933.

44 *Incidents*, 2, p. 442.

45 Carlos Nebel, *Viage pintoresco y arqueológico, sobre la parte más interesante de la República Mexicana*, París y México, 1840 (la edición primera francesa es de 1835).

46 Vid. H. J. Spinden, *A study of Maya Art*, “Memoirs of the Peabody Museum”, v. VI,

Las fuentes de Norman

Tras haber examinado las fuentes de Stephens se nos ocurre hacer ahora lo mismo con las de Norman, porque creemos que entre las del primero –ya reseñadas, trabajo que no tenía por qué ahorrarnos nuestro viajero– y las utilizadas por el segundo ha de haber, por fuerza notables y aprovechables diferencias: tales, por ejemplo, las que se manifiestan en la selección de autores y en la calidad e intención de las obras consultadas. De las obras fundamentales que empleara Stephens, sólo conoció Norman dos: la de Waldeck y la de Kingsborough; con lo que las fuentes principales se elevan a tres, dado que Dupaix se halla ínsito en aquél según se ha dicho. Del primero (Waldeck) poco o nada dice, pues poquísimos fue lo que este autor escribió por primera vez sobre Palenque; del segundo (Kingsborough), que escribió una obra espléndida, pero en la cual desmerece la compilación.⁴⁷ Ahora bien, el hecho de que no hiciera referencia a Dupaix, y lo ligero de su juicio nos hacen pensar fundadamente que Norman no perdió mucho tiempo ojeando siquiera algunos de los voluminosos tomos hasta entonces publicados; cosa que no habría mucho que censurarle supuesto que los enormes folios además de caros, estaban escasísimos.⁴⁸ Allende esto, Norman era un hombre de rápidas decisiones y, por lo mismo, poco dispuesto a socarrarse las pestañas con tan dilatadas y embarazadas lecturas; y lo prueba el hecho de que en cuanto leyó el libro primero de Stephens salió disparado hacia Yucatán en busca de consuelo y aventuras anticuarias. De hecho, Stephens fue el pozo informativo primario y casi exclusivo de Norman; el aljibe fresco y hondo aplacador e impulsador de su sitibundez ruinosa, interesada y romántica; secundariamente, Norman tuvo otras muchas fuentes de mayor fárrago y menor interés emotivo.

Leyendo el libro de Norman se topa uno frecuentemente con cronistas, historiadores y hasta hombres de ciencia: Bernal Díaz, Solís, Villa Gutierre, Cogolludo, Humboldt, Bradford, Poinsett, Wirt, Priest, Ledyard, Dr. Morton, Du Ponceau, Pickering y Rafinesque; una lista verdaderamente impresio-

Cambridge, Mass., 1913; *Origin of Civilization in Central America and Mexico*, apud “The American Aborigines”, ed. D. Jenness, Toronto, 1933.

47 *Rambles*, p. 198.

48 El 25 de abril de 1839 William H. Prescott le escribía a su amigo Manuel Nájera, de México, que creía que ni siquiera una copia del trabajo monumental de Kingsborough había en el territorio de la Unión. Cf. Von Hagen, *op. cit.*, p. 77, n. 4.

nante. Lo primero que llama la atención, si comparamos esta lista con los autores que utilizó Stephens, es que éste desconoció o *ignoró* adrede a todos los *científicos*, a excepción de Humboldt; pero bien pudiera ser, insistamos en ello, que dada su conocida sapiencia viajera, tan superior a la de Norman, que conociera a la mayor parte de aquéllos y, sin embargo, los ignorase a propósito; porque pudiera haber ocurrido –es a lo que nos inclinamos– que las lecciones de tales hombres de ciencia no le interesaran por apartarse las mismas del asunto que él andaba desentrañando; o, tal vez, por ser en cierto sentido puntos de vista dispares de los suyos: razón de más para silenciarlos a posta.

Norman utilizó las obras de los cuatro primeros de relleno,⁴⁹ por alarde de erudito y para un quehacer secundario; es decir para dar autoridad al manoseado tema de la leyenda negra, que tanto refocilaba a los viajeros anglosajones de la época –prolongación histórica del tema combativo que apareciera en el siglo XVI–, y para lamentarse con gran dolor arqueológico de la desaparición de las culturas prehispánicas a manos de los inmisericordes españoles conquistadores: una agradable tarea en la que también le ayudaría Stephens, aunque éste lo hace sin recurrir al aparato de las fuentes hispánicas de los siglos XVI y XVII.

Acerca de las obras de Humboldt repite Norman un juicio tan fofo y general como extendido, y que se ha acarreado hasta nuestros días: “que hacen honor a su tiempo”;⁵⁰ expresión con la cual disimula Norman su ignorancia, o, cuando menos, con la que revela la lectura superficial que hiciera de los libros del sapientísimo barón.

Eliminados, pues, de momento los cinco primeros, nos toca ahora enfrentarnos al resto. Pues bien, ni uno, ni uno siguiera de ellos tiene nada que decir sobre las ruinas mayas; y, efectivamente, nada pueden decir porque el tema que los científicos persiguen es el de los primeros habitantes de América; o, lo que es lo mismo, y dicho sea más brevemente, de los orígenes americanos.

Las dos corrientes norteamericanas

Vengamos, pues, de nuevo a Humboldt, el cual en lugar de ser empleado por Norman en menesteres arqueológicos, como vimos que lo hizo Stephens, será

49 Poca luz arrojan, en efecto, sobre los problemas de la arqueología maya, Bernal Díaz, Solís, Cogolludo, Villa Gutierre, etcétera.

50 *Rambles*, p. 198.

utilizado en función de los orígenes americanos, a los que en líneas atrás hemos hecho referencia. A Norman le interesa Humboldt porque dicho sabio aceptaba un punto de vista original respecto a las lenguas indígenas del Continente. Frente a la idea defendida por Ponceau, Pickering y Bradford, entre otros, partidarios de la teoría de una sola fuente común, punto de partida para la diversidad de los idiomas aborígenes, Humboldt había sostenido con anterioridad la teoría de la diversidad de orígenes. En realidad a Norman ni le iba ni le venía mucho en tal discusión científica; pero afiliándose a una de las corrientes sentaba plaza de erudito ante sus conciudadanos, además de echar su cuarto a espadas sobre el problema o punto que érale favorito: el de los orígenes; de aquí que se declarase como celoso defensor de la autoctonía racial-lingüística indoamericana;⁵¹ una posición que asimismo implicaba una actitud mental libre e independiente de Europa; nuevo auge de una vieja moda que volvía ahora por sus fueros apoyada por toda una vigorosa, joven y entusiasta nación como era Norteamérica.

Desde comienzos del siglo XIX los anticuarios y arqueólogos norteamericanos, acicateados una vez más por el ejemplo europeo, francés e inglés fundamentalmente, comenzaron a preocuparse seria y metódicamente del pasado indígena americano, y aspiraron a una autarquía investigadora en todo lo referente a nuestro continente. Hacia los treinta y los cuarenta del pasado siglo, los investigadores estadounidenses se hallaban divididos arqueológica y patrióticamente: en un grupo se hallaban aquellos que hacían depender las culturas aborígenes americanas del Viejo Mundo, grupo que se sometía a esta dependencia cultural, sector minoritario y europeísta; en el otro estaban los partidarios de la autoctonía, quienes sin hacer caso del freno bíblico e histórico-religioso negaban toda dependencia y subordinación culturales. La división, como se ve, se establecía por puntillos científicos; pero también, fundamentalmente, por motivos políticos, patrióticos y religiosos.⁵² La independencia cultural así como la autoctonía fortalecían la independencia política y la justificaban. Los primeros ligaban el pasado indígena a las culturas

51 *Ibid.*, p. 251.

52 La lista de los científicos comprometidos en esta tarea, aunque sea sin clasificar, es en sí misma interesante: Attwater, Belknap, Catlin, Bradford, Colcraft, Delafield, Flint, McCullogh, McClure, Rees, Sillman, Schoolcraft, Wirt y Gallatin. *Vid.* en los apéndices bibliográficos A y B al prólogo de la obra de Brantz Mayer, *México, lo que fue y lo que es*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953.

del Viejo Mundo: Egipto, Mesopotamia, Palestina, Atlántida, China, India, Grecia, Roma, Cartago, etcétera; los segundos negaban la más mínima influencia, porque negándola, además de dar en el clavo –cosa que con certeza sabemos hoy y que ellos únicamente sospechaban– obtenían un instrumento justificativo para toda futura acción rectora en el continente. Las esencias autóctonas americanas, como lo hemos de ver, proporcionaban a Norteamérica un descargo del excesivo lastre europeo imitativo y faraónico, y le facilitaban además una nivelación de la carga euroasiática gracias a los elementos culturales indígenas; en suma, la sumergían en un baño de espiritualidad autónoma que le serviría, pese a lo ligero de sus comienzos, de potente coraza para justificarse ante Europa y dialogar con ella sin achicamientos imitativos, y en planos, pues de originalidad cultural y no de servidumbre como hasta hacia poco.

Valdría la pena entonces preguntarse acerca de las razones que tuvo Norman para henchir su obra con hipótesis de otros autores que tanto se apartaban de la suya; por ejemplo la de Bradford, que establecía una muy segura relación entre la raza que él llamaba *roja* y los siberianos, chinos, japoneses, polinesios, indochinos, malayos, hindúes, malgaches, egipcios antiguos y etruscos;⁵³ la del doctor Mortnon, que se afiliaba a un punto de vista similar, pero que únicamente imbricaba a los mongoles; la de Ledyard, que tras viajar por Siberia llegó a la conclusión de que los tártaros y los indios eran el mismo pueblo; y la de Priest, parecida a la de Bradford, más ampliada la lista con cartagineses, fenicios, romanos y griegos.⁵⁴ Frente a estas hipótesis Norman se siente escéptico; menos científico indudablemente, pero con más conciencia de la americanidad: “llamamos –escribe siguiendo a William Wirt– a este país Nuevo Mundo; es viejo”.⁵⁵ Es lo único que se le ocurre por el momento argüir en contra; pero muy significativo ante el aluvión de sugerencias y opiniones antropológicas con las cuales los hombres de ciencia insistían en ligar y subordinar las culturas indígenas del mundo nuevo con las del viejo; cosa que, como hemos dicho, Norman no estaba dispuesto a admitir. Si bien se mira su intento será doble: afirmar la antigüedad de América y declarar, por ende, su autoctonía racial y cultural; de aquí, al parecer, su absurda e imparcial insistencia de añadir como apéndice de su libro unas conclusiones del

53 *Ibid.*, p. 178.

54 *Ibid.*, p. 173.

55 *Idem.*

propio Priest, que éste amparaba bajo un sugestivo título: *Rasgos de la historia mosaica encontrados en la nación azteca*. Imperialismo espiritual y racial judío que, como en el caso de lord Kingsborough, no es sino un tema de arrastre que se remonta a los cronistas españoles del siglo XVI, cuando éstos se hallaban dramáticamente empeñados y comprometidos a encajar el inesperado mundo americano en el esquema cristiano tradicional.⁵⁶

El título del opúsculo de Priest no necesita mayores comentarios salvo añadir que, con él, su autor pretendía trazar los orígenes americanos hasta los hebreos; es decir remontarse a las fuentes infalibles de toda la humanidad. Norman, como ya se ha dicho, no creía en esto; pero se sentía fortalecido y halagado ante estas supuestas relaciones, porque ellas, de rechazo, otorgaban patente de constancia, *madurez y perfección* a las culturas americanas autóctonas: “Evidentemente –añade Norman– la ciudad de Chichén era ya antigua para la fecha en que se fundaron el Partenón en Atenas y la Cloaca Máxima en Roma.”⁵⁷ Y para que no hubiera dudas acerca de su postura americanista escribirá lo que sigue: “Confesaremos ingenuamente que jamás entenderemos por qué los filósofos han estado tan predispuestos a abogar por la teoría que sostiene el poblamiento de América desde el Hemisferio Oriental. Nosotros pensamos que el hombre rojo es un tipo de una familia de raza humana plantada originalmente en el Hemisferio Occidental, y creemos que tal solución del problema es la más natural.”⁵⁸

Fundado en Wirt,⁵⁹ Norman establece que los arquitectos indígenas, constructores de los edificios mayas, y los *mount builders* pertenecieron a la misma raza de indios. Y apoyado en el doctor Morton, frenólogo ilustre y célebre autor de la famosa *Crania americana*,⁶¹ rechazará toda posible relación

56 No se crea que solamente los españoles, también los demás.

57 *Op. cit.*, p. 177.

58 *Ibid.*, p. 251.

59 W. Wirt escribió acerca de las tres razas primeras, que según él habitaron América, la última de las cuales habría sido la indígena; de aquí la semejanza estilística en las construcciones prehispánicas del continente, y de aquí también los propósitos y empleos parecidos de su dedicación.

60 *Rambles*, p. 171.

61 Norman invitó a Morton a que escribiera sobre el problema de la autonomía racial y, por ende, cultural, a lo cual accedió encantado y agradecido el doctor –Norman le había traído de Yucatán diversos restos osteológicos extraídos de enterramientos prehispánicos–, y escribió lo siguiente: “Todos estos argumentos son importantes para decidir la cuestión de si la raza aborígen de América es peculiar y distinta de toda otra;

de las culturas indígenas con las del Viejo Mundo. Todas aquellas relaciones y analogías arquitectónicas (pirámides) y astronómicas (calendarios); toda aquella incesante algarabía acerca de las supuestas migraciones antiguas le parecen embarazosas y conducentes a especulaciones interminables, sin fruto y de escaso provecho.⁶²

Mas tornemos de nuevo a Stephens, al que hemos dejado un tanto olvidado; a un Stephens que, sin preocuparse mucho del aparato crítico-informativo, es al que, en verdad, se le ocurren las grandes y originales ideas que ya hemos ido entredescubriendo en Norman, el explorador y viajero, que a pesar de la impresionante batería bibliográfica, debía fundamentalmente su inspiración, según apuntamos, a Stephens, su maestro y guía.⁶³

El gran descubrimiento de Stephens. El rescate estético del pasado maya

Llegados Stephens y Catherwood a la América Central, vía Belice, encontraron al país convulsionado por cruentas luchas políticas, y en plena paridumbre de republiquetas regionales destructoras de los sueños generosos de federación defendidos por el mártir Morazán. No hallando Stephens nada que hacer en su tarea diplomática, puesto que de antemano ya estaba todo consumado por el contubernio reaccionario y clerical, que encontró en el ignorante Carrera el colaborador más eficaz,⁶⁴ el viajero y diplomático neoyorquino se

una posición que siempre he mantenido y que pienso podrá comprobarse cuando sean procurados los medios indispensables de comparación". Cf. Norman, *op. cit.*, p. 218.

⁶² *Rambles*, p. 251.

⁶³ Enrique Juan Palacios hace tributario a Norman de Waldeck, aunque reconoce lo que debía aquél a Stephens; nosotros, con todo, creemos que la mayor y mejor inspiración le vino de la lectura del *Incidents*. Vid. Enrique Juan Palacios, *Conferencia sobre viajeros extranjeros en México*, publicada en la Revista *El México Antiguo*, editada por H. Beyer, México 1919, v. I, p. 45.

⁶⁴ Honra a Stephens el hecho de que simpatizó con Morazán y la causa liberal que éste defendía, y no con Carrera y Ferrara. El 6 de abril de 1840, Stephens comunicaba a John Forsyth que al llegar a Coyutepeque (*sic*) el Gobierno de la Federación se había trasladado a San Salvador. Llegó a San Salvador, esperó allí un mes para presentar sus credenciales; pero no lo consiguió, porque el gobierno quedó disuelto. En la plaza de Ahuachapán avistó por última vez el diplomático norteamericano a Morazán. Stephens regresó a Guatemala, empacó el archivo de la legación y lo remitió a Nueva York. (Vid. A. E. Gropp, *op. cit.*, p. 25; véase también en Manning, *Diplomatic despatches*, v. III, *América Central*, p. 158-159.

sintió arrebatado por el pasado monumental aborígen –para el cual venía ya preparado y lleno de curiosidad– al tropezar de buenas a primeras con una estela de Copán. Antes de este encuentro decisivo, tanto él como Catherwood se habían mostrado expectantes; mas algo recelosos y escépticos. Realmente no mostraban el entusiasmo desorbitado de que habían hecho gala los viajeros y exploradores que les antecedieron en el conocimiento de la arquitectura maya, especialmente el novelesco y apócrifo conde Waldeck, cuya estancia en Yucatán había coincidido con la de ambos.⁶⁵

Desde antes de salir de Estados Unidos los dos viajeros tenían cierta información arqueológica, como ya se ha dicho; pero en realidad no se hacían muchas ilusiones por lo que presumían habían de ver, si bien mostraban suficiente comeción intelectual.

No ha sido hasta últimamente –escribe Stephens– cuando las noticias de su existencia [Cholula, Mitla, Xochicalco, etcétera]⁶⁶ llegaron a Europa y a nuestro propio país. Estos relatos, aunque vagos y no satisfactorios, despertaron nuestra curiosidad; aunque debo decir tal vez, que tanto el Sr. Catherwood como yo estábamos algo escépticos, y cuando llegamos a Copán fue más bien con la esperanza que con la expectación de encontrar maravillas.⁶⁷

Lo que con esto nos confía Stephens es que tanto Catherwood como él no llevaban un plan determinado, una tesis anticuaria que recrear, orientar o apuntar. Mas he aquí que se tropiezan, como dijimos, con una estela, y de súbito se hace la luz en la mente de Stephens, realizándose la grande y decisiva revelación: prejuicios, escepticismos e incertidumbre son arrojados alegremente lejos de sí. Stephens se entusiasmaba no ya tanto porque la estela que tenía ante sus ojos fuese la prueba de la existencia de una *antiquísima cultura americana*, a saber *indígena*, sino porque ante aquella pieza percibía que había obtenido un anuncio, un adelanto, una visión inapelable con los que se reparaba una injusticia histórica añejísima; con los que se cumplía una total recantación del pasado aborígen de América:

65 *Apud*. E. J. Palacios, “Cien años después de Stephens”, en C. Lizardi Ramos, *op. cit.*, p. 278.

66 *apud* Humboldt, *op. cit.*

67 *Incidents*, I, p. 99.

La visión de este inesperado monumento –escribe Stephens– puso en paz en seguida y para siempre a nuestros espíritus; disolvió toda incertidumbre respecto al carácter de las antigüedades americanas, y nos dio la seguridad de que los objetivos que andábamos buscando eran interesantes no sólo como restos de un pueblo desconocido, sino también como *obras de arte*, comprobándose así, cual si ellos fueran nuevos archivos históricos descubiertos, que el pueblo que antiguamente ocupó el continente de América *no era salvaje*.⁶⁸

Y frente a Uxmal, poco más tarde, estallará asimismo gozoso Stephens al hacer resaltar la belleza poseída por la arquitectura maya: sus nobles proporciones; su grandiosidad, finura y carencia de barbarie y rudeza;⁶⁹ en suma, su valor artístico.

Stephens quedó sobrecogido, admirado, anonadado; como dice Von Hagen, del explorador se apoderó un sentimiento de grandeza, ante la inmensidad del esfuerzo humano, que ya jamás le abandonó.⁷⁰ Stephens quedó impresionado con aquel desenvolvimiento del gusto antiguo que presentaban Copan, Uxmal, Quiriguá y Palenque. Frente a la famosa Cruz de Palenque quedaron Catherwood y Stephens asombrados; aquello era una cosa tan hermosa como jamás la habían visto en Egipto; un criterio comparativo de admiración americanista que ya no descansará ni incluso en empingorotados

⁶⁸ *Incidents*, 1, p. 102. Ésta y las otras cursivas nuestras. Fundamentalmente la queja de Stephens era contra Robertson, pues este historiador había afirmado con audacia dieciochesca e iluminista, que ni los mexicanos ni los peruanos tuvieron derecho a alcanzar el rango que correspondía a aquellas naciones que merecían el nombre de civilizadas. En una carta (2 de febrero de 1841) le escribía el viajero al gran historiador Prescott lo que sigue: “Desearía que usted viera estos dibujos (los de Catherwood); todavía más, que tuviera unas pocas horas para que pudiera conversar con usted. Robertson está absolutamente equivocado. Algunas de las columnas con esculturas de Copán y Quiriguá *son iguales a las más hermosas de los egipcios* (cursivo nuestro), y los edificios de Palenque y Uxmal grandísimos, y uno no puede en realidad hablar acerca de ellos con extravagancia”. Cf. Von Hagen, *op. cit.*, p. 192. Y en su primer libro escribe Stephens lo que sigue: “En su tiempo [el de Robertson] la desconfianza era tal vez el lado más seguro para los historiadores; pero después de que el Dr. Robertson escribiera una nueva corriente de luz se ha esparcido por el mundo, y el campo de las antigüedades americanas ha quedado abierto”. *Incidents*, 1, p. 97.

⁶⁹ *Ibidem*, 2, p. 429.

⁷⁰ *Op. cit.*, p. 108.

arqueólogos de nuestros días:⁷¹ Uxmal y Tebas, desde entonces, serían el obligado *pendant* para todos los arqueólogos y aficionados a la arqueología americana.⁷²

La belleza arqueológica maya se presenta, pues, con un carácter eminentemente utilitario y absolutorio, puesto que ella es capaz, en cuanto tal, de purificar el pasado prehispánico, de rescatarlo y aproximarlos al presente. Tiene también la belleza descubierta por Stephens un aura beligerante, un airecillo de reto como el del adolescente que ansía cuanto antes llegar a la mayoría de edad, a la madurez viril. La hermosura arquitectónica y escultórica maya se arbitra por Stephens como un carisma redentor, suficiente para absolver los estigmas bárbaros y selváticos con que Europa había condenado a las artes no clásicas. Adelantándose, permítasenos decir, a Worringer, él solo, y con gran consciencia de su americanidad y circunstancia histórica continental, anunciará al mundo la existencia de una voluntad estética maya, de una belleza plástica americana original capaz de elevar el arte aborigen al nivel estético del grecorromano,⁷³ y apta, por consiguiente, para hacer de él la *herencia clásica* de América. El sambenito de inmadurez y salvajismo poseído por la América a partir de su bautismo y confirmación cristiano-europeas quedaba inmediatamente destruido en sus raíces conceptuales por amor de la estética; porque, argüiría Stephens, un pueblo salvaje no podría haber creado estas estructuras; jamás podría haber esculpido piedras semejantes a éstas.⁷⁴

71 Ni siquiera Morley podrá sustraerse a esta íntima satisfacción emulativa americana: “Los tableros de caliza con bajorrelieves, en Palenque, se caracterizan –escribe el gran mayista– por la delicadeza de la línea y la belleza sutil de la composición, unida a una brillante ejecución, *que permite compararlos sin reparos con las mejores esculturas en bajorrelieve del antiguo Egipto*”. Vid. Sylvanus G. Morley, *La civilización maya*, versión española de Adrián Recinos, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1947, p. 370, *passim*. Es el último eco del reto americano que se hiciera en Europa, y que comenzara con Stephens.

72 Véase así en Von Hagen, *op. cit.*, p. 183, que cita Stephens.

73 Vid. *Incidents*, 2, p. 30-32.

74 *Ibid.*, 1, p. 104. Antes que Stephens, esto fue lo que descubrió asimismo el padre Pedro José Márquez (1741-1820), que también estaba impelido por la urgencia americanista, de proclamar el valor estético de las culturas americanas en su *Due antichi monumento di architettura Messicana* (Roma, 1804). Véase nuestra nota al respecto en el prólogo a la obra ya citada de Mayer. Por supuesto tendríamos que poner antes de Márquez a Sigüenza y Góngora, y añadir además los nombres de León y Gama, Clavigero, Alzate, etc.

El arte maya había florecido libre de los contactos del Viejo Mundo. Se trataba de un arte, escribe Pál Keleman, “de un ideal de belleza completamente individual, intocado por las influencias históricas tal como habían cooperado por contacto en todo el Continente Asiático”.⁷⁵ Había asimismo en él, alude el crítico de arte, una mezcla de primitivismo y madurez que era exclusiva del continente americano; un arte producto de una mentalidad extraña a la occidental y europea; ajena y no adecuada a los modos de ver artísticos de Occidente.⁷⁶ Lo extraordinario, pues, es que Stephens, a pesar de su formación intelectual y pese a su intenso entrenamiento artístico y viajero por el Mediterráneo, fuera no sólo capaz de aprehender en su totalidad el arte del continente americano; un arte producto de una mentalidad maya, sino que también lo fuera de sentirlo e imaginarlo como un instrumento rasador del desnivel histórico angloamericano. En el caso de Stephens no se trataba de añadir un capítulo más a la historia del arte, sino de establecer sólidamente un principio estético con capacidad suficiente para saturar de pasado la primigenia soledad histórica de Angloamérica.

Al llegar aquí nos vemos por fuerza obligados a detenernos a fin de poder aclarar mejor el porqué del valor trascendental y lustral que Stephens acordaba a la estética indígena, para con ella regenerar a América, al dotar a ésta con un pasado artístico aborigen; y el porqué de esta urgente necesidad de regeneratriz o postrer manifestación del viejo tema teológico y geográfico a que dio lugar el llamado descubrimiento de América. En el siglo XVI, como es sabido,⁷⁷ hizo acto de presencia el tema de la degeneración e inmadurez americanas, después del intento frustráneo de los misioneros y teólogos de querer acomodar el nuevo e imprevisto Continente en el esquema de la revelación. Habiendo fallado el intento se decretó inexorablemente la minorvalía de América. Esta catalogación fue primeramente teológica (siglos XVI y XVII); pero más tarde se acomodó a la moda racionalista e ilustrada de la época (siglo XVIII), cuyos hombres representativos decretaron sin mayores preocupaciones la continuidad de ese estado de inferioridad ontológica y natural, en que la tierra y el hombre americanos se hallaban inmersos,⁷⁸ pese a los esfuerzos en

75 *Medieval American Art*, The Macmillan Company, Nueva York, 1943, v. I, p. 4-7.

76 *Ibid.*, p. 8; 377-378.

77 Véase en el precioso y fundamental librito de Edmundo O’Gorman, *Fundamentos para la historia de América*, Imprenta Universitaria, México, 1942; obra henchida de ideas.

78 *Vid.* el prólogo, ya citado, a la obra de Mayer.

contra de los mejores defensores: Jefferson, Clavijero, Molina, Franklin, Dávalos, Unanue, Caldas del Valle, Moxó, Pernety, etcétera. En el siglo XIX, la independencia de Hispanoamérica y la creciente potencialidad económica y política de la joven nación estadounidense imponían una urgente revisión de las viejas ideas, y, por lo mismo, el tema antañón, que ya no podía actuar sobre la realidad americana, tenía que refugiarse vergonzosamente en el pasado indígena, al calificarlo si no ya de satánico, como en los dos siglos primeros, a lo menos de anticlásico; es decir bárbaro e inútil.

Por cierto, el primer intento absolutorio había partido de la propia Europa. Como no se pudiera ocultar la brillante realidad arqueológica del pasado aborígen de América, se echó mano a la vieja idea, que por otros motivos –fundamentalmente justificativos y teológicos– había sido lanzada a la circulación en el siglo XVI, y se le imprimió nuevo cuño al establecerse la *semejanza* entre los elementos culturales del viejo y del nuevo continente. Con esta operación se reivindicaban los derechos del pasado indígena; pero, en realidad, no era así, ya que al subordinar dicho pasado cultural y al hacerlo dependiente del Viejo Mundo se manifestaba de todas formas la inferioridad y degeneración americanas.

Tal era la situación transitoria del problema cuando Stephens se acercó al pasado maya; un pasado poco prometedor, lo cual explica el escepticismo y desesperanza confesados por el propio explorador. Con todo, una vez situado nuestro viajero en Copán, frente al grandioso panorama, quedó atónito, según indicamos, experimentando una repentina y radicalísima revelación; la cultura indígena quedó, pues, purificada; desembarazada de todo envilecimiento gracias a su original, prístina y recién descubierta belleza. Lo importante de la revelación es que por medio de su atributo artístico el pasado maya se convertiría en utilizable; es decir se trocaría a los ojos del admirado contemplador en *nuestro pasado*: a saber en el *pasado clásico* de América. Desde este instante las desazones y salpullidos juveniles de la gran nación anglosajona encontraban un sujeto propio que recrear, estudiar y aprisionar; una herencia limpia, por consiguiente, de la alcabala cultural e histórica europea.

Antes que Stephens, los Humboldt, Del Río, Dupaix, Kingsborough, Waldeck, etcétera, no habían sido insensibles a la misteriosa y subyugante belleza que irradiaban las artes plásticas prehispánicas; pero fue precisamente Stephens el que halló un sentido americano a tal belleza, y el que cayó en la cuenta de aprovecharla y aprehenderla en beneficio calculado de su nación.

Ésta es, por tanto, la idea central que pone en movimiento, en lugar de empeñarse como Norman, y como la mayor parte de los arqueólogos norteamericanos de aquel tiempo, en el problema de los orígenes continentales; tema que, también por su lado, representaba la réplica de América a una Europa con excesivas pretensiones de imperialismo cultural.

Sin embargo, Stephens comprendió que tal camino no era tan fructuoso como el suyo; no se arribaba tan pronto por él a la mayoría de edad por la cual clamaba América en general, y en particular Estados Unidos. Tomando parte en la polémica europea-americana acerca de la antigüedad mayor, se llegaba, como escribe Stephens, a extremos históricos que caían fácilmente en el ridículo: a imaginar el arca de Noé varando en el Estado de Nueva York,⁷⁹ en suma a un bizantinismo arqueológico. Sobre el problema de los orígenes americanos, Stephens mostrará su desdén al escribir lo que sigue: “Entro un poco abruptamente en un nuevo terreno. Innumerables volúmenes se han escrito para informar acerca del primer poblamiento de América [...], y para no quedar atrás un emprendedor americano ha volteado la tortilla al Viejo Mundo”.⁸⁰ Una curiosa inversión del asunto, una contrarréplica americana desafiante en verdad. Pero dejemos el desbrozamiento de tan embrollada situación para la sección siguiente, en la que poco a poco iremos viendo el desarrollo de la historiografía norteamericana en sus intentos de apropiación del pasado maya por medio de un método distinto al seguido por Stephens.

Los primeros pasos en la apropiación. La polémica sobre la antigüedad

Como vimos, Norman se declaraba partidario de la autoctonía racial y cultural de los indígenas americanos. Tomando parte activa en la famosa polémica desencadenada entre los hombres de ciencia de uno y otro lado del Atlántico –polémica en la que, con palabrería científica, se debatía aún la eterna e importante cuestión de la redención de América; es a saber de la esperanza o desesperanza del continente; de su madurez o verdecer; de su exclusión o inclusión en la historia universal–, Norman se decide, naturalmente, por la autoctonía: el pasado primitivo americano era tan antiguo como el que más;

⁷⁹ *Incidents*, 1, p. 97.

⁸⁰ *Ibid.*, 1, p. 96-97.

contemporáneo de los antiguos egipcios –juzgados entonces como el sumo grado de la vetustez arqueológica e histórica– y, desde luego, no menos maravilloso que el de éstos:

¿Al mismo tiempo –escribe Norman– sobre otro continente situado a miles de millas de distancia de la servidumbre del linaje egipcio, no estaba un pueblo de una raza diferente, pueblo ignorante y desconocido para la historia, poniendo los cimientos de sus ciudades y fundando palacios y templos, menos estupendos quizás, pero no menos maravillosos y misteriosos, para la nación futura? No es posible por el momento, para cualquier hombre, poner un límite a la edad de las ruinas americanas; pero una cosa será evidente para cualquiera que repare en las más antiguas de las que están en Yucatán, que ellas pertenecen a la más remota antigüedad. Su edad no puede contarse por cientos, sino por miles de años.⁸¹

No hay que ser muy lince para notar en el párrafo transcrito un orgullo americano que proclama su mayoría de edad al ahondar lo más que puede en su niñez precolombina; es la respuesta continental del americano que no quiere verse comprometido o atado por la herencia secular europea. Otro ejemplo estupendo de esta actitud nos lo proporciona también la ambiciosa al par que tragicómica carta –dado el distinto éxito arqueológico logrado por el remitente y el destinatario– que el extravagante y multicientífico Constantino Samuel Rafinesque enviara en 1832,⁸² nada menos que al célebre y paciente descubridor de la escritura jeroglífica egipcia: “*Carta al Sr. Champollon [sic] acerca de los sistemas gráficos de América, y sobre los glifos de Otulum o Palenque, en la América Central*”. El espíritu que animaba a Rafinesque era doblemente emulativo: América quiere emular a Europa, y él, Rafinesque, imitar

81 *Rambles*, p. 178.

82 En pocos diccionarios biográficos norteamericanos, se encuentra este nombre, cuando debiera estar en todos. Rafinesque, hijo de padre francés y de madre germana, nació en Constantinopla, pero fue un norteamericano por elección. Aunque los títulos con que se presentaba son largos –botánico, naturalista, geólogo, geógrafo, historiador, poeta, filósofo, economista y filántropo– la incipiente ciencia norteamericana de entonces le debe más de una correcta clasificación en la flora y la fauna; fue como un Humboldt desorbitado que no contó con la preparación científica y filológica de éste.

y hasta incluso sobrepasar al gran egiptólogo: “Usted –escribirá con calor– anunció su primer descubrimiento por medio de una carta; yo sigo sus pasos, aunque en otro continente, y persigo iluminar otro tema parecidamente oscuro”.⁸³

Lo que Rafinesque anhelaba es que su descubrimiento se comentase, que no se olvidara; que Europa lo discutiese e impugnara. Europa, pensaba nuestro mayólogo en ciernes, debiera percatarse de la altura e independencia culturales alcanzadas por América. Los europeos debieran desechar ya de una vez por todas sus viejas ideas de prioridad y superioridad: América ya estaba madura y podía vanagloriarse de un pasado tan antiguo y culto como el del Viejo Mundo. La grafía americana (maya) que estudiaba con tanto ahínco y entusiasmo Rafinesque, y que ya estaba a punto de ser puesta en claro por él, demostraba lo infundado de los juicios de aquellos europeos que habían calificado de bárbaro a todo el continente americano por carecer –según ellos– de un sistema de escritura. Y para terminar su alegato y demostrar la injusticia europea, asienta Rafinesque las cuatro conclusiones siguientes:

1. América ha sido la tierra de los falsos sistemas; todos los fabricados en Europa son más o menos vanos y erróneos.
2. Los *americanos* tuvieron una antigüedad, una civilización y una ciencia igual a la de las naciones de África y Europa.
3. Es falso que ninguna nación *americana* no poseyera un sistema de escritura, glifos y letras. Algunas de ellas tuvieron diversos modos para perpetuar las ideas.
4. En América hubo diversos sistemas gráficos para expresar ideas, todos los cuales tienen su equivalente en el continente oriental.⁸⁴

Véase con cuánta pasión e impaciencia se erguían los estadounidenses, y con más arrogancia, naturalmente, cuando lo eran por adopción, ante las críticas europeas y enarbolaban en su defensa un pasado al que ya sentían plena y entrañablemente suyo, casi nacional, norteamericano. A pesar de

⁸³ *Cit.*, Norman, *op. cit.*, p. 293.

⁸⁴ *Apud Rambles, op. cit.*, p. 293. Siguen varias conclusiones más, con las que pretende establecer las relaciones anunciadas entre los sistemas americanos y asiáticos. Obsérvese que la posible relación, según Rafinesque, es americano-asiática, no europeo-americana.

todo, la operación continuaba siendo difícil, los europeos podían seguir polemizando, y podían asimismo responder, como lo hiciera antes Hegel, y como mucho después, cual un trasnochado eco, lo reflejaría Ortega: “¡Jóvenes, todavía no!... no habéis hecho aún nada. América no ha empezado todavía su historia universal”. Pero precisamente para evitar algo parecido a esto, que fuera posterior, estaban trabajando afanosamente los *anticuarios* y arqueólogos de Norteamérica; metiendo, a mamporros incluso, a América en la gran corriente de la historia; comprometiéndola como lo hacían Stephens, Norman, Rafinesque, etcétera, cada uno desde su privativo punto de vista, a un vivir o desvivir históricamente independiente de Europa. Ahora bien, si lo consiguieron o no, no es cosa que, en verdad, nos preocupe mucho demostrar, porque lo que nos interesa esencialmente es registrar este rumbo espiritual; esta original aventura del pensamiento.

Priest, que, como ya hemos reseñado, fue una de las fuentes de Norman, defendió también la causa americana; pero desde una posición peculiar, en la cual se armonizaban la ciencia geológico-geográfica y el Génesis. Partiendo de la idea de la coalescencia de los continentes en épocas remotísimas, imagina Priest que los pueblos primitivos, tras el fracaso y confusión babélicas, se habían dispersado por los cuatro rumbos, y que uno de estos pueblos había logrado alcanzar un vasto territorio; el mismo que andando el tiempo sería redescubierto y llamado América.⁸⁵ Priest, haciendo honor a su nombre, se zambullía gustoso en el océano del Antiguo Testamento, y recogiendo por aquí y por allá las legendarias y bíblicas justificaciones sobre América, aparecidas a raíz del descubrimiento, las rescataba pseudocientíficamente y las lanzaba a la beatería de la justificación continental. Con esta operación Priest demostraba que el pasado prehispánico podía remontarse legítimamente hasta las fuentes hebraicas; es decir hasta las más verídicas e indiscutibles que pudieran hallarse desde cualquier punto de vista histórico o teológico. El título del panfleto de Priest adquiere ahora para nosotros una significativa intención. América tenía un pasado tradicional tan espléndido y vetusto como el del Viejo Mundo, pues que la raíz era la misma, y, por si fuera poco, hasta sagrada. Era la misma solución europea, efectivamente, mas de signo contrario. No se trataba aquí, como en el caso del famoso Waldeck, de establecer la identidad egipcio-india, ni tampoco de salvar, como lo quería el célebre Kingsbo-

85 Cfr. Norman, *op. cit.*, p. 276-286.

rough, la supuesta influencia judaica; sino de rescatar para Norteamérica un pasado architradicional. Hay, sin duda, un resto de subordinación; mas no hacia la Europa, sino hacia la historia sagrada común: paridad cultural e histórica.

Tenemos, por consiguiente, ante nosotros, un doble proceso justificativo: por un lado se había demostrado, aunque todavía quedaban muchos puntos oscuros, que América podía vanagloriarse de un pasado prehispánico espléndido, cuya caracterización máxima era la de ser autóctono (Norman); por el otro se sacrificaba en cierto sentido la exigencia autóctona postulada por éste, para poder disputar a Europa el maratón de la antigüedad mayor, o, cuando menos, empatar con ella por aquello de la fuente asiática o hebraica común (Priest, Rafinesque, etcétera). Dado este primer paso, había que prepararse para el segundo, que era más decisivo: establecer que aquella antigüedad mayor americana (autóctona o no) se constituiría en el pasado continental o, para afinar particularmente la puntería en aquel duelo anticuario (Europa-América), en el pasado norteamericano. Pues bien, pese a los mejores deseos, la cosa no era tan fácil como se había creído al principio. Queriendo salvar a toda costa el obstáculo, Priest recurre sin más ni más a un truco casi de lesa geografía, al situar las ruinas de Otulum en la *América Septentrional*, con lo que aprovechaba a posta los imprecisos límites centroamericanos de aquel entonces.⁸⁶ Esta nueva ciudad descubierta en la América del Norte, escribe, tiene la misma extensión superficial que la Tebas egipcia.⁸⁷ Con tamañito descubrimiento, pensaba el colaborador de Norman, se demostraba a las escuelas europeas, interesadas en estos problemas arqueológicos, “que América podía así jactarse de sus antigüedades”, las cuales remontaba Priest a los cananeos, hivitas, hititas e incluso hasta los perizzitas,⁸⁸ gente esta última que, a decir verdad, ni siquiera sospechamos cuál pudiera haber sido. Ciertamente América podía jactarse ante Europa de ellas, mas ¿se había demostrado, sin que hubiera lugar a dudas, la posibilidad y autenticidad en que se fundaba tal jac-

86 Entiéndase bien lo que queremos decir. En 1823 se acuñó políticamente el término de América Central, que comprendía cinco Estados federales republicanos: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Por esta época una rigurosa delimitación hubiera juzgado impropio extender la América septentrional más allá del Istmo, que fue precisamente lo que hizo Priest al otorgar validez geográfica a lo que, por entonces, la tenía sólo política.

87 Cfr. Norman, *op. cit.*, p. 284.

88 *Ibid.*, p. 286-288.

tancia? Indudablemente no; afirmarlo de un modo absoluto resultaba imposible. En tanto que así fuere; es decir en tanto que no se comprobare la legitimidad de tales juicios, Europa bien podría desdeñosa y conmisericordemente admitirlos por mero y señorial gesto de condescendencia.

El pasado indígena maya comienza a ser planteado como pasado norteamericano

Tampoco había sido más feliz Norman en su empeño; había establecido, efectivamente, el valor de la autoctonía racial y cultural; pero de aquí no podía en absoluto implicarse, pese a todos sus esfuerzos, que la cultura maya deviniese el antepasado histórico o anticuario de Norteamérica. Como pasado continental, bien podía ser; pero como pasado nacional el traspaso era difícil por los obstáculos de todo orden que le salían al paso; consideraciones de tiempo, de espacio, de historia y más aún de raza. So pena de violentar los fundamentos establecidos, rompiendo la barrera parameter a la fuerza el alijo, o, por lo menos, colarlo de matute, no era posible eludir los portazgos; es decir la invalidez, en este caso, de los razonamientos seguidos. Hasta cierto punto se había asimismo podido demostrar la antigüedad remotísima del Nuevo Mundo, y, por consiguiente, su justificada independencia de Europa –mayoría de edad que se fundaba más en la longevidad de un pasado que en la madurez de un presente–; mas he aquí que esa misma antigüedad, al igual que la autoctonía anterior, valía como antecedente histórico de América; pero no de Norteamérica, pues los mismos estorbos anteriores le salían a ésta también al paso. En suma, se descubría un *pasado* al que le acontecía lo más detestable y odioso que a un pasado le podía ocurrir, que no servía para nada; que no había modo de ligarlo a las circunstancias del presente.

La lejanía, empero, de este pasado era ya por entonces más que suficiente; a tal distancia dicho pasado había perdido sus originales características demoníacas, su satánica perversidad; en resumidas, se había convertido en útil aprovechable.⁸⁹ Si Europa no había tenido inconveniente en zamparse el pasado egipcio por aquello de la deuda o de la herencia alejandrina; América –que se

89 Para entender este proceso del carácter diabólico de las culturas prehispánicas, y cómo la lejanía en el tiempo obra sobre ellas para declararlas purificadas y redimidas, véase en Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo*, Colegio de México, México, 1950.

había plantado en un plano emulativo y desafiante— podía también engullirse los *Egiptos* chiapanecos, yucatecos, hondureños y guatemaltecos sin hacer muchos remilgos. No se sabía ciertamente, en el caso de Norteamérica, cómo iba a realizarse la comilona prehispánica; ni menos cómo la habría de digerir para fortalecer sus jóvenes y crecientes exigencias nacionales; pero había la ventaja justificativa, cosa que no tenía Europa, de que al menos, espacialmente hablando los *Egiptos* mayas eran americanos; ahora podemos mejor explicarnos la razón del error geográfico cometido a sabiendas por Priest, que es lo que sospechamos. Existía además para Norteamérica un serio peligro: el que otra gente y otros pueblos con mayores e indiscutibles méritos le disputaran en el propio Continente la apropiación que ella sola intentaba realizar. Por un lado estaban los hispanoamericanos (criollos y mestizos) que bien podían justamente invocar privilegios y primacías a cuenta de la mescolanza espiritual o racial; por el otro, los meros indios, descendientes de aquellos que construyeron las maravillosas ciudades mayas. La lejanía era, como dijimos, un buen medio para instrumentar la utilización del pasado; pero asimismo la lejanía no ya sólo geográfica, sino también racial, resultaba demasiado esterilizadora para los norteamericanos. A tal distancia era casi imposible intentar adueñarse del ansiado tesoro artístico, o invocarlo por razones sentimentales: simpatía o atracción racial; no así los habitantes de Hispanoamérica, y estrictamente hablando los de México, que sin muchos esfuerzos podían hacerlo en cuanto se lo propusieran: ¡como que lo llevaban en el alma y en la sangre—aunque sólo unos pocos tenían por entonces conciencia de ello—, y era una parte positiva o negativa, consciente o inconsciente de su legítimo patrimonio cultural e intelectual!

La autoctonía defendida por Norman y Morton imposibilitaba además la ansiada toma de contacto; cuanto más autóctono, más lejano el pasado; esto es, tanto más difícil de asimilar. Había, por consiguiente, que intentar otro procedimiento, y lo notable del caso es que Stephens ya lo había encontrado; pero como ocurre con casi todos los descubrimientos esenciales, muy pocos habían reparado en él; ni siquiera el gran Prescott se había dado cuenta exacta de su trascendencia, pese a que no discrepara mucho de las conclusiones de Stephens.

El planteamiento de Stephens. Un volteo original al problema

Como dijimos, la cuestión de la autoctonía y, por ende, la gran polémica abierta entre los científicos europeos y americanos acerca de la mayor o

menor prosapia de los progenitores arqueológicos e históricos –penúltimo acto de la tragedia o pugna por la primacía y reivindicación de América; especie de réplica cultural autárquica frente a la soberbia cultural, histórica y monogenista de Europa, y expresión también de la toma de conciencia o revelación del ser americano– no se halla en Stephens (aunque sí lo está lo acotado entre rayas) o, para mejor decirlo, sí se encuentra ínsito en este autor; pero resultado de modo diferente. En lugar de empecinarse en una lucha estéril como hacían los otros, Stephens da por sentada la autoctonía, sin preocuparse mucho por la discusión; indicio por tanto, de su independencia mental, porque en lugar de zurcir y rezurcir razones sobre la autarquía cultural y la autoctonía racial como alegatos antieuropeos (método que revela, a pesar de todo, la dependencia que tanto se anhela evitar), él la adopta sin mayores explicaciones dirigiendo fundamentalmente su atención hacia la revelación estética:

Salvo que yo esté equivocado –escribe Stephens– tenemos una conclusión mucho más interesante y maravillosa que la de conectar a los constructores de estas ciudades con los egipcios o con cualquier otro pueblo. Es el espectáculo de un pueblo hábil en arquitectura y pintura, y diestro más allá de toda duda, en otras artes más perecederas –pueblo que poseyó el cultivo y el refinamiento que acompañan a dichas artes– no derivadas del Viejo Mundo, sino originadas y crecidas aquí sin modelos ni maestros, y que, por lo mismo, les proporciona una existencia separada e independiente, tal como ocurre con las plantas y frutos del suelo indígena.⁹⁰

De esta forma Stephens centraba su atención en un auténtico problema norteamericano: el esteticismo utilitario. La sombra de Europa no amenazaba su tesis por la razón siguiente: el valor estético acordado por Stephens a las ruinas mayas había sido desconocido, desdeñado por Europa, o, cuando mucho, subordinado, subsumido frente a ésta.⁹¹ Aún después de la revelación

⁹⁰ *Incidents*, 2, p. 442.

⁹¹ Stephens pondrá de manifiesto el desdén europeo con estas palabras: “Esta fue la primera noticia en Europa (el informe Del Río, 1823) acerca del descubrimiento de las ruinas de Palenque; y en lugar de electrizar el espíritu de la gente, ya por causa de la falta de interés sobre el caso, ora por desconfianza o por otra cualquiera causa, apenas si se tomó nota del hecho, de suerte que en 1831 la *Gaceta Literaria* (*Literary Gazette*),

efectuado por Stephens, el valor estético original descubierto por el notable explorador en el pasado cultural maya será visto con displicencia por los europeos, quienes se atrincheraban como último y supremo recurso negativo en la decadentada capacidad artística tradicional y clásica.

Claro está que rehuyendo Stephens un embarazo iba a caer en otro tal vez peor; mas esto no lo podía él prever, porque, en última instancia, estaba esquivando graciosamente la enconada polémica que él sentía infructuosa e inconducente frente a los objetivos que se había propuesto alcanzar. También por esto, ante las pretensiones arqueológicas de los estudiantes europeos, tan dados a meter las narices en todo lo que no era suyo, invocará nuestro viajero una especie de *monroísmo arqueológico*, que de parecida manera a como lo había proclamado el político, tendía a dejar las ruinas americanas para *re-creo* exclusivo de los científicos de este continente. Stephens, muy cortés, muy científica y americanísimamente exigirá que se les deje solos:

Que dejen, pues el campo de las antigüedades americanas para nosotros; que no priven a un país desposeído de su única oportunidad de contribuir a la causa de la ciencia; que ellos [los europeos], más bien animen a este país en sus esfuerzos para reunir y retener en su propio suelo, trayéndolos desde los lugares más inaccesibles y remotos, los restos arquitectónicos levantados por los habitantes aborígenes.⁹²

Por supuesto, aquí se expresa Stephens en nombre de la universalidad de la ciencia; un tópico muy del siglo en que a él le tocó vivir; una muletilla, por otra parte, en la que antaño pocos creían y en la que hogaño casi nadie cree. Stephens, como ha escrito certeramente Von Hagen, al igual que tantos otros de sus brillantes conciudadanos, había sido cohobado en el alambique del *destino manifiesto*,⁹³ su descubrimiento arqueológico e histórico ponía los

periódico de gran circulación en Londres, anunció aquello como un nuevo descubrimiento efectuado por el coronel “Galindo”. *Incidents*, 2, p. 296.

⁹² *Ibid.*, 2, p. 474.

⁹³ *Op. cit.*, p. XV del *Prólogo*. Stephens fue amigo íntimo de John O’Sullivan, editor de la *Democratic Review*, al cual se le atribuye la célebre frase, si bien su expresión oral fue acuñada por Robert Winthrop, en 1864, durante el debate sobre los límites de Oregón. Vid. Julius Pratt, “The original of ‘Manifest Destiny’”, *American Historical Review*, XXXII (1927), p. 795-798.

fundamentos –seguimos aún a Von Hagen– de la “doctrina Monroe arqueológica de la protohistoria Americana”.⁹⁴ Lo malo del caso es que Stephens no venía únicamente impulsado por un destino arqueológico manifiesto, sino que también venía impelido por las exigencias políticas de su nación que hicieron de él el agente confidencial de Van Buren en todo lo referente al proyectado canal interoceánico a través de Nicaragua; movimiento doble de un mismo agente motor: los irrefrenables apetitos imperialistas culturales y económicos de la gran nación norteamericana.

Cuando Stephens se avocó a su empresa viajera y anticuaria, pensaba, como todos, resolver el problema de la antigüedad de aquellas misteriosas ruinas centroamericanas; pero después de explorarlas cambió súbitamente de criterio, y dirigió sus pasos hacia un nuevo y original rumbo; mas sin dejar de percibir que, por el momento al menos, emprendía la marcha completamente solo:

De esta suerte hemos presentado en forma muy breve, y sin intentar controvertir las opiniones y especulaciones de otros, nuestras consideraciones respecto a tales ruinas. Mas como quizás nos hallemos solos al mantener dichos puntos de vista, insisto y sostengo mi opinión sobre el hecho de que nosotros no tenemos garantía alguna que nos permita ir hacia atrás en busca de cualquiera nación del Viejo Mundo para atribuir a ella la construcción de estas ciudades; porque éstas no son obras de un pueblo que ya haya pasado y cuya historia esté ya perdida, sino que existen poderosas razones para creer que son creaciones de las mismas razas que habitaron el país por el tiempo de la conquista española; o de algunos no muy distantes progenitores de ellas. Y me gustaría volver a hacer hincapié en que nosotros comenzamos nuestras exploraciones sin una teoría que sustentar. Nuestros sentimientos se inclinaban a favor de retroceder en busca de una alta y venerabilísima antigüedad.⁹⁵

94 *Op. cit.*, p. 196.

95 *Incidents*, 2, p. 455. Stephens no abandonará ya jamás esta tesis central. En su segunda obra, *Viaje*, insistirá de nuevo en ella, dejando definitivamente toda especulación respecto a los orígenes del pueblo constructor de las maravillosas ciudades abandonadas. Todas las ruinas dispersas por la Península de Yucatán pertenecieron, según él, a los indios mismos que ocupaban el país a la llegada de los españoles: “de la misma raza –escribe– o de sus progenitores no muy alejados. ¿Cuáles hayan sido éstas, de dónde

Stephens se apartaba de la posición que con tantos trabajos habían defendido los científicos y antropólogos norteamericanos de entonces; destruía y se daba cuenta de ello, gran parte del interés suscitado en su país por el descubrimiento de las ruinas mayas; mas sabía que por otro lado lo ganaba y aumentaba, lo que le hacía obrar muy gustosamente. Además, tenía otra poderosa razón: “cuanto más cerca de nuestro tiempo –escribe– situemos a los constructores de estas ciudades, mayor será nuestra oportunidad de llegar a conocerlo todo”,⁹⁶ es a saber, cuanto más cerca de nosotros más nuestro: cuestión medular de aproximación, como hemos de ver muy pronto.

El 17 de noviembre de 1839, como afirma Von Hagen con entusiasmo *continental* renovado, fue “una fecha memorable para la arqueología *americana*”,⁹⁷ término este último que, como se sabe, posee distinta connotación cuando lo emplea un anglosajón o cuando lo escribe un hispanoamericano. Tal día fue el de la gran revelación stephensiana frente a Copán; el comienzo de la arqueología norteamericana y continental; el día de la liberación histórica. Cuando el viajero de viajeros, el gran Stephens, “el célebre autor de la *Arabia pétrea*”, y otros amenísimos libros de viajes regresó de su primera excursión centroamericana y comenzó a redactar sus impresiones y a ordenar sus notas, en Nueva York y otras grandes ciudades norteamericanas de entonces, el entusiasmo de la gente llegó al colmo. El señor William Cullen Bryant, editor del *Evening Post*, pudo leer las primicias literarias de Stephens y asimismo logró ver algún que otro dibujo de los que Catherwood guardaba en su gran carpeta, y quedó atónito: ¡Maravilla de los siglos!, escribió en su periódico con exultante tono.⁹⁸ La casa de Stephens se vio de pronto convertida en un centro de reuniones científicas, y a ella acudieron para charlar con el alucinante viajero los mejores científicos neoyorquinos y los aficionados a las antigüedades americanas. Gallatin se interesó mucho; Henry R. Schoolcraft no lo fue menos; el doctor Morton le suplicó a Stephens que en el próximo viaje no se le olvidara traerle algunos cráneos yucatecos y mayas, y el agonizante Rafinesque tuvo aún fuerzas suficientes para enviar a Stephens una copia de la célebre carta que ya hemos glosado. Pero poco fue esto comparado

vinieron o quiénes fueron sus antepasados?, ni me he atrevido, ni aún hoy me atrevo a decirlo. *Viaje*, 1, p. 63.

⁹⁶ *Incidents*, 2, p. 455.

⁹⁷ *Op. cit.*, p. 112.

⁹⁸ *Cit.* Von Hagen, *op. cit.*, p. 186.

con el entusiasmo que se desató en toda Norteamérica a aparecer los *Incidentes del viaje en Centro América, Chiapas y Yucatán*. Prescott cometió la heroicidad de leerse los dos tomos con su único y semiciegado ojo hábil, y envió inmediatamente la obra a su amigo Gino Capponi, el viejo y célebre historiador italiano, y a sus corresponsales en Europa. Stephens, para no ser tal vez menos, la envió también al cónsul americano en Londres, coronel Thomas Aspinwall. Estos graciosos y retadores presentes americanos venían a ser las tarjetas estadounidenses de devolución de una visita; la invitación norteamericana, asimismo, y la reservación de un puesto permanente y legítimamente ganado en el simposio de la arqueología europea y universal.

El crítico literario del *Knickerbocker Magazine* no escatimó los aplausos: “¡Maravilloso, maravilloso! ¿Qué descubrimiento del presente siglo podría compararse con el de Stephens?” y en la *New York Review* el comentarista se hacía lenguas del carácter “doblemente nacional” que poseía la obra;⁹⁹ es decir libro sobre América escrito por un americano. Los *Incidentes* cautivaron a todos; lo mismo a chicos que a grandes; a bobos y listos, por igual; con no menos interés al apacible y activo burgués que al político ducho. Webster, satisfecho por el éxito americano de Stephens, le ofreció el puesto de secretario de la legación de los Estados Unidos en México; el viajero rechazó el ofrecimiento pues tenía la mira puesta en un segundo viaje a Yucatán.¹⁰⁰

Al palmooteo jubiloso de Norteamérica respondió Europa con una estudiada indiferencia hacia la obra de Stephens, a pesar de que el editor inglés Murray se apresurara a editarla. Pero el primer contraataque antistepheniano partió, como tenía que ser, de la propia Inglaterra, en la figura de George Jones, que en 1843 publicó un libro para probar la identidad de los aborígenes americanos con los israelitas y los habitantes de Tiro. Además, como Jones parece ser que leyó a nuestro desafortunado y simpático energúmeno padre Mier, la tesis básica de la obra fue la comprobación de la introducción del cristianismo en América por el apóstol Santo Tomás. El título del libro de Jones es enjundiosamente significativo: *Una historia original de América fundada en las ruinas de la Antigüedad; la identificación de los aborígenes con los habitantes de Tiro y de Israel*, etcétera (Londres, 1843).

99 Citados por Von Hagen, *op. cit.*, p. 192-197.

100 El rechazo de Stephens permitió que el nombramiento recayera en Brantz Mayer (1842-1843) que nos dejó de su visita un precioso libro sobre México: *México, lo que fue y lo que es*.

Von Hagen, a quien seguimos en los pormenores referentes a Jones, se regocija hasta más no poder por la, al parecer, terrible e injustificable falla que el inglés hallara en las obras de Stephens, pues a éstas les faltaba nada menos que “el alma de la historia”. La chispa de Prometeo mediante la cual, añadía Jones, la llama de la verdad histórica iluminaría la tarea de Stephens, y que la haría ser considerada como un fanal centelleante a lo lejos para dirigir a los extraviados a través de la oscura noche de los prodigios.¹⁰¹ Mas si Von Hagen, y con él los que le siguen, recapacitaran menos irónicamente, caerían en la cuenta de que a Jones le sobraba razón al afirmar la espiritual carestía histórica que él justamente encontrara en Stephens; porque el alma de la historia no podía ser otra, para un hombre como Jones, que dedicó su obra al arzobispo de Canterbury, sino la de la única e irrefragable verdad teológica. La historia, desde el punto de vista cristiano-occidental de Jones no tenía sentido, mas que referida a la teología; es decir una cosa de la que había prescindido radicalmente Stephens al ignorar la tradición bíblica: el sagrado esquema de la revelación. Son, efectivamente, las últimas manifestaciones de un tema ya añejísimo; de un tema ya olvidado y de escasa validez religiosa y científica; pero manifestaciones, al fin y a la postre, a las que se aferraban ansiosamente los europeos para mantener a flote la cabeza al menos en el naufragio irremediable de la superioridad europea; los postreros estertores asimismo de un mundo que se negaba a desprenderse totalmente de los asideros trascendentales y de las significaciones teológicas: un rezago espiritual que lo mismo aparecería en un hombre religioso como Kingsborough, que en un escéptico como Waldeck.¹⁰²

¹⁰¹ *Cfr. op. cit.*, p. 202-203.

¹⁰² Resulta sumamente paradójico y antihistórico rechazar a un Waldeck o a un Nebel porque ninguno de ellos “había entendido nada”; siendo que, antes bien, habían entendido demasiado, aunque no, claro está, desde un punto de vista estrictamente arqueológico. El arqueólogo americano se lamenta naturalmente de las incongruencias de los primeros estudiosos del pasado maya y abomina de los parecidos e identidades que los Nebel, Waldock, Kingsborough, etc., establecieron entre el pasado prehispánico y el euroasiático; pero es que los arqueólogos no quieren admitir que en estas suposiciones y absurdos parentescos los estudiosos europeos de entonces se jugaban su supuesta supremacía; una cosa demasiado sería para que no les perdonemos sus inexactitudes. *Vid.* Ignacio Bernal, *Cien años de arqueología mexicana*, Cuadernos Americanos, núm. 2, marzo-abril, México, 1952, p. 1442-146.

También en el año de 1843 apareció un libro en Londres que debería haber sido editado en Nueva York, y a todo lujo, como se pensaba en el proyecto original y como lo pensó asimismo Harper –que iba a ser el editor americano–, “en gran estilo y el carácter de los dibujos de los *savants* franceses, que acompañaron a Bonaparte en la expedición a Egipto”.¹⁰³ Pero el público inglés y, en general, todo el europeo acogieron con cierta indiferencia la obra de Catherwood ya citada, porque no vieron en ella la ansiada réplica europea que todos esperaban, fortificados en los últimos contrafuertes teológicos y artísticos: conformidad de todo arte, ya viejo o nuevo (recién descubierto), con los cánones estéticos tradicionales y clásicos; y concordancia asimismo de toda nueva o vieja cultura con el Génesis. La belleza del arte aborígen maya dependía, pues, de su sometimiento a esta doble exigencia; el desconocimiento de la misma por parte de Stephens y de Catherwood era la causa de la negación europea hacia aquélla: América rechazaba, por añadidura, el vasallaje estético impuesto por rígido principio de la capacidad artística (Winckelmann-Lessing). Ni siquiera el gran Humboldt pudo hurtarse a esta corriente europea tradicional, y cuando del príncipe consorte de Inglaterra, esposo de la reina Victoria recibió el libro citado por Catherwood, agradeció vivamente a aquél el obsequio magnífico “de aquella pintoresca representación del enigmático estilo poseído por las obras arquitectónicas de aquellos pueblos americanos”.¹⁰⁴ Los adjetivos *enigmático* y *pintoresco* están perfectamente equilibrados y resultan imprescindibles en la frase humboldtiana; lo pintoresco denota una cualidad artística menor; lo enigmático se refiere, sin duda, al problema, por entonces todavía irresoluto, de la identificación y subordinación.

Stephens, repitamos para finalizar esta sección, quería que los europeos no se inmiscuyeran en los problemas arqueológicos americanos; ansiaba que se les dejara solos. El interés del viajero norteamericano se concentrará estricta y pragmáticamente en el estudio artístico de pasado remoto *americano*, que se convertía, según él, en un antecesor próximo, contemporáneo casi de la conquista. Un error que lamentaba, no sin cierta indulgencia, el traductor

103 Cit. V. W. Von Hagen, *Frederick Catherwood Archt*, Nueva York, Oxford University Press, 1950, p. 158.

104 “*der malesrichen Darstellung* –escribe Humboldt– *räthsel hafter Denkwerke amerikanischer Völker*”. Cit. Von Hagen, *op. cit.*, n. *infra*, p. 97.

de Stephens,¹⁰⁵ imposibilitado para ver las imbricaciones y consecuencias que estableciera la tesis sustentada por el explorador; tesis tan original y heterodoxa que nadie, como él dijera, le acompañaba; ni incluso Prescott, que tan cerca estuvo conceptualmente de él.

Stephens estaba también seguro de que una búsqueda minuciosa de materiales impresos y manuscritos por las empolvadas bibliotecas frailunas de Yucatán conformaría, sin duda, su tesis aproximativa; él estaba convencido de que la cultura maya así como la náhuatl y otras habían sido destruidas por la barbarie española, un punto de vista que por lo que se refiere al pasado maya arqueológico era insostenible, según sabemos hoy.

El pasado maya se convierte en pasado norteamericano

Stephens había conocido Egipto en uno de sus fabulosos viajes; había visto las pirámides, la esfinge, y se había maravillado con la magnificencia de Tebas, Karnac y Lucsor; pero cuando ya en Centroamérica siguió al guía que le encaminaba por entre la maleza tropical hacia Copán nos confiesa que le embargó una sensación extraña que nunca antes había experimentado: “con un interés quizás mucho más fuerte que el que habíamos sentido al vagar entre las ruinas de Egipto, seguimos a nuestro guía”.¹⁰⁶ La toma de contacto con el pasado *americano* promueve en Stephens un interés antes no percibido; su conciencia histórica y su inclinación artística han comenzado a funcionar, a reaccionar y despertar ante algo propio. Conforme el pasado artístico monumental centroamericano se va mostrando, va palideciendo Egipto en el recuerdo, y el vacío estético lo irá ocupando la nueva y resplandeciente realidad maya. Norteamérica, por medio de la conciencia stephensiana, entra en tratos con un pasado arqueológico original y bello que va a tener la virtud de cicatrizar la herida siempre fresca de la herencia europea; de la situación ancilar respecto a Europa. Pero la realidad estética maya estaba más allá de toda previsible imaginación; los denominados peyorativamente vestigios bárbaros de las culturas americanas aborígenes, y los serviles de la civilización norteamericana quedaban lavados para siempre tras la ablución artística y aboriginal. Tal valoración, que parece adelantar, según observamos el futuro canon es-

105 Justo Sierra O'Reilly. *Vid. Viaje*, II, 268, n. *Infra*.

106 *Incidents*, I, p. 102.

tético de la *voluntad artística*, liberaba el pasado maya de su condición satánica, según ya se ha dicho, y lo elevaba hasta el punto de hacerlo un serio rival del arte occidental antiguo. Delante de un hermoso estuco que halló Stephens en Labná, no podrá reprimirse, y entusiasmado escribirá que las figuras allí representadas tenían un apariencia extraordinaria “como el arte que ningún otro pueblo pudo jamás haber producido”.¹⁰⁷ El que expresara esto después de su segundo viaje es señal segura de que Stephens reafirmaba la revelación estética que tuviera en Copán y en Uxmal un año antes.

La tarea que ahora tendrá frente a sí el gran Stephens será la de trocar el hermosísimo arte maya en pasado norteamericano exclusivo; operación que si bien no iba a resultar imposible, no dejaba, empero, de ofrecer dificultades. El valor artístico encontrado por Stephens instrumentaba a toda la cultura maya como un útil, y como tal ya no había la exigencia, para que fuera aplicado, de la proximidad geográfica o racial; la universalización de la belleza utilitaria, es decir como utensilio artístico, excluía lo que tenían de forzoso las dos condiciones antes inevitables. Es, más o menos, la misma actitud con que ayer y hoy el artista universal se declara inspirado y justamente heredero de todo arte, sin poner reparos raciales o inconvenientes de orden protohistórico. En el caso de Stephens la diferencia estribaba en que en lugar de tratarse estrictamente de un artista, se trataba entonces de la conciencia despierta de toda una nación en pleno crecimiento: la panacea estética y universal arbitrada por Stephens hipostasiaba al pasado arqueológico maya y lo ponía a disposición no ya tan sólo de su descubridor, sino también de Norteamérica.

Al considerar Stephens las excelencias estéticas del arte maya estaba, como más de una vez hemos dicho, reivindicando ya para Estados Unidos un pasado, una madurez que hasta entonces habían sido negados, ignorados o escarnecidos por Europa. Hasta el cauto Prescott se sentirá a la postre reconfortado y se hará eco, en parte, de este entusiasmo arqueológico, y escribirá a Stephens felicitándole por su trascendental descubrimiento *clásico*: “Estimado señor: habéis realizado una revolución en el terreno más interesante, el que constituye el *verdadero foro* de las ruinas *americanas*.”¹⁰⁸ Contra aquellos europeos escépticos o americanos europeizantes que no creían, o que no

107 *Viaje*, II, p. 31.

108 *Cit. C. Lizardi Ramos, op. cit.*, p. 39. Cursivas nuestras.

querían creer en la existencia de *ciudades americanas* autóctonas; que no creían tampoco en que con ellas se pudiera reconstruir una legítima y orgullosa cultura norteamericana con basamento autónomo, Stephens vino a demostrar, por amor a la estética, que el arte de la arquitectura no había acabado ni mucho menos con la erección del Partenón –como opinaba el neoclásico arquitecto Charles Eliot Norton–.¹⁰⁹ Asimismo quiso probar con su “agradable y romántica narración”, que ella podía servir de base para un sensacional renacimiento artístico auténticamente autóctono y norteamericano, y libre, pues, del servilismo imitativo fundado en los modelos del Viejo Mundo: el nuevo estilo maya-norteamericano vendría a ser como un nuevo orden arquitectónico:

No hay en ella [arquitectura de Uxmal], barbarie o rudeza ya en el diseño o en la proporción; por el contrario, todo en ella tiene un aire de grandeza y simetría arquitectónicas. Si tal arquitectura se levantara hoy día sobre sus grandes terrazas artificiales en Hyde Park o en el Jardín de las Tullerías, ella daría lugar a un *nuevo orden*, que no digo que fuera igual, mas no indigno de parangonarse con los restos arquitectónicos de los egipcios, griegos y romanos.¹¹⁰

En suma, sus clásicos son para Stephens los restos mayas arqueológicos; más o menos con la misma fuerza y convencimiento que para el elegante surcarolino John Izard Middleton lo fueron los arquitectónicos de griegos y romanos.¹¹¹ Norteamérica, por obra de Stephens, se va perfilando como encabezadora de todos los anhelos progresivos y culturales del continente. Mediante la magia artística Stephens convertía, como hemos visto, el pasado maya en pasado nacional, estadounidense. Los hispanoamericanos podrían haberle puesto muchos peros a su tesis; mas él les podría también haber embarazado poniendo en tela de juicio la validez de la invocación indigenista y patriótica que los padres de la independencia de Hispanoamérica pusieron en circulación para justificar políticamente, e incluso por vía sentimental, la

109 *Ibid.*, p. 45.

110 *Incidents*, 2, p. 429. Cursivas nuestras.

111 Una buena experiencia para captar el espíritu norteamericano en esta época sería leer simultáneamente las dos obras mayistas de Stephens y la de Middleton: *Grecian remains in Italy*. Londres, E. Orme, 1812.

ruptura con España.¹¹² Con una parecida y consciente ignorancia, Norteamérica podía reivindicar para sí, gracias a Stephens, el espléndido pasado maya, para presumir frente al Viejo Mundo no por vía de imitación y subordinación, como lo había hecho Middleton, sino por un camino original, de insurgencia artística, capaz de justificar la independencia total. Y para que los europeos se dieran cuenta de estas pretensiones, Stephens procederá como un buen agente inglés o francés, sacrificándose en aras de la belleza plástica por medio de saqueos sistemáticos de las mejores piezas mayas; correlato del botín arqueológico realizado por los *maestros* de Europa en Grecia, Egipto y el Creciente Fértil. Tras de adquirir Copán por cincuenta dólares¹¹³ –entonces peso y dólar iban a la par–, Stephens, siguiendo los procedimientos europeos, soñó desmontarla piedra por piedra para erigirla de nuevo en Nueva York, en Filadelfia o en Boston: “Comprar Copán –escribe Stephens–, remover los monumentos de un pueblo ya desaparecido de las regiones desoladas en que quedaron sepultados, y levantarlos otra vez en el ‘gran imperio comercial’, y fundar una institución que sea el núcleo de un gran *Museo Nacional* de antigüedades americanas.”¹¹⁴

De arte que Norteamérica podía ofrecer al mundo en espectáculo envidiable: una lección de belleza aborígen, de mayismo estético, no inferior a la helénica, a la helenística o a la egipcia que para sí se habían requisado y recetado las naciones europeas más prominentes, o los americanos europeizados que servilmente seguían la huella trazada por Europa.¹¹⁵ Y como Stephens seguía aún recelando de Europa, añadirá lo que sigue:

112 A este respecto el primer embajador inglés en el México independiente, H. G. Ward, escribía lo siguiente: “De aquí el absurdo aparente de oír acusar gravemente a los descendientes de los primeros conquistadores (porque tales, estrictamente hablando, son) a España por todas las atrocidades que sus antepasados habían cometido; de aquí también la invocación que hacen de los nombres de Moctezuma y Atahualpa, discurriendo largamente acerca de las desdichas que los indios habían sufrido, y esforzándose por descubrir alguna afinidad entre los sufrimientos de esa infeliz raza y la suya propia”. *Vid. México in 1827*, Londres, 1828, I, p. 34.

113 Más tarde intentaría también comprar Palenque; pero la Constitución por un lado y por otra el celo patriótico de algunos ciudadanos evitó el despojo. *Vid. C. Lizardi Ramos, Prólogo al Viaje*, I, p. VIII; véase también e Laurette Séjourné, *Palenque, una ciudad maya*, traducción de Ernestina Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, p. 13.

114 *Incidents*, 1, p. 115.

115 Por ejemplo, los ya citados Gliddon, Middleton, a los que habría que agregar el reve-

Los moldes del Partenón son considerados monumentos preciosos, y los de Copán resultarían lo mismo para Nueva York. Otras ruinas se podrían descubrir mucho más interesantes e incluso más accesibles. Pronto su existencia será conocida y su valor apreciado; pero los amantes del arte y de la ciencia en Europa podrían posesionarse de ellos; mas dichos monumentos y ruinas nos pertenecen por derecho propio [...], y decido que ellos deberán ser para nosotros.¹¹⁶

La exclusión hispanoamericana

Como ya apuntamos, el obstáculo más formidable que hallaba Stephens en su camino de expropiador era el que constituían los hispanoamericanos (criollos, mexicanos y centroamericanos) y los indios. De los primeros, con todo, no había mucho que temer, porque, escribirá Stephens, “la ignorancia, el descuido y la indiferencia sobre este asunto de los habitantes de Hispano América son motivo de admiración”.¹¹⁷ Efectivamente, y vista la cosa desde la vertiente stephensiana, no se podía dar mayor muestra de indiferencia por parte de los criollos; la venta de Copán y la que estuvo a punto de hacerse con Quiriguá y Palenque hacían recaer sobre los gobiernos y sobre la casta criolla y también mestiza –esta última ya para entonces también gobernante– la más tremenda responsabilidad por el pecado de menosprecio y olvido del pasado, razón más que suficiente para que tal pasado, como un bien mostrenco, llegara a ser propiedad del primero que lo reclamara o lo adquiriera así fuera por una bicoca. Además, había otro motivo poderosísimo; según creía Stephens, dicho pasado había sido destruido implacablemente por los españoles conquistadores, y por tal razón resultaba imposible a más de sarcástico, que los criollos y mestizos pudieran reclamarlo, supuesto que eran descendientes del pueblo destructor; los herederos de su barbarie e incuria. De los mestizos, en especial,

rendo Dr. Edward Robinson (miembro de la recién fundada “American Ethnological Society” (7 de diciembre de 1842); junto con Gallatin, presidente; Bartlett, secretario; amén de los socios de número siguiente: Rev. DR. F. S. Haeks, Mr. Charles Welford, Henry R. Schoolcraft, John L. Stephens, F. Caterwood, etc.). Robinson, “el fundador de la arqueología palestiniana”, fue autor de *Biblical Researches in Palestine, Mount Sinai and Arabia Petrea*, Nueva York, 1841. Véase en Von Hagen, *Frederick Catherwood*, *op. cit.*, p. 87; 156 (n. 9) y 160 (n. 5).

¹¹⁶ *Incidents*, 1, p. 115.

¹¹⁷ *Ibid.*, 1, p. 98.

tampoco había que esperar mucho, y ante la masa de éstos que él contempla en Maní, escribirá despreciativamente: “Una inmensa turba de ociosos, de aquella raza mixta que tiene notoriamente su origen en los antiguos vasallos de Tutul Xiú y de los conquistadores, poseyendo todas las malas cualidades de ambas razas y ninguna de las buenas”.¹¹⁸ Tampoco los indios podían reivindicar su glorioso y espléndido pasado monumental, dado el estado de servidumbre, envilecimiento, abyección, decadencia y olvido en que habían caído. En suma, ni criollos, ni mestizos, ni indios podían demandar para sí aquel pasado; todos y cada uno carecían de una auténtica conciencia histórica americana.

Consideraciones finales

El pasado maya se presentará, pues, como un rico tesoro que rescatar de la selva y que arrebatar de manos bárbaras, extrañas, ignorantes y desdeñosas; y como le parecieran a Stephens tal vez insuficientes las razones anteriormente alegadas, echará mano de un argumento incluso de cierto peso: el derecho de primer ocupante, o toma de posesión que, según el viajero, había efectuado sobre la selvática *terra incognita* de Chichén el neoyorquino John Burque, el 4 de julio de 1833.¹¹⁹ El segundo visitante de esta ciudad, añadirá el llamado “padre de la arqueología maya”, fue el Barón Frederischsthal, “que dio a conocer Chichén Itzá al mundo” (1841); pero que si la visitó fue por consejo del propio explorador norteamericano.¹²⁰ Por donde se mirase la cosa todo favorecía a la nación norteamericana, que era, en verdad, la que se sentía comprometida a ser la gonfaloniera del continente.

¿Empero, qué exigencia histórica –preguntémonos por último– es la que impelía a Stephens a realizar las complicadas operaciones que a lo largo de este ensayo hemos expuesto? Creemos que la respuesta ya la hemos dado: mas convendría, con todo, recoger ahora un poco las ideas que por aquí y por

118 *Viaje*, II, p. 184.

119 *Viaje*, II, p. 200.

120 *Ibid.*, II, p. 203. el barón Emmanuel von Friederichsthal, joven y elegante vienés, animado por el retrato de Dupaix y los tomos de Kingsborough se presentó a Stephens, el cual lo animó en su proyectada visita a Yucatán. Armado con un daguerrotipo se presentó en Chichén Itzá, y fue así el primer viajero europeo que la retrató y visitó. Dejó un trabajo sobre su visita: *Les Monuments de Yucatán*, apud “Nouvelles Annales de Voyages”, París, 1841, v. 92, p. 291-314.

allá se encuentran dispersas, para estructurarlas en un todo unitario y más congruente. A comienzos del siglo la *Doctrina Monroe* indicó bien nítidamente la futura orientación política de Norteamérica en todo el continente (1823); para las décadas de los treinta y cuarenta la potencialidad de la gran nación norteamericana y sus aspiraciones y realizaciones expansionistas transformarán la vieja doctrina en una expresión política más real y efectiva: *destino manifiesto*. Sin embargo, el país vecino percibía que para estar a la altura de su papel histórico le faltaba algo entrañablemente propio, auténticamente continental; es a saber, *americano*. Los múltiples viajeros europeos que visitaron a los Estados Unidos criticaban o alababan a la entonces incipiente nación de la pasada centuria; mas siempre en sus apreciaciones se notaba el tono menor, la conmisericordia incluso, la categoría secundaria; la caracterización condescendiente de ver a Norteamérica como una Europa o Europas de segunda mano o categoría; nuevas Europas ultramarinas e inmaduras.¹²¹

Norteamérica sentía dentro de sí aires de grandeza prestos a ser emitidos, efluvios de continentalidad y potencia; y amamantaba asimismo con gran cuidado sus impulsos americanos dominadores; mas cosa harta rara y curiosa, ella misma se percibía, pese a todo, extraña, ajena a su circunstancia geográfico-histórica, desarraigada, extranjera sobre un continente en el que no había sabido hacer sino repetir la lección gótica-europea a lo grande, a lo breve y a lo expedito.

Ella experimentaba un tremendo desasosiego; vivía la cruel paradoja de sentirse predestinada o manifiestamente destinada a dominar un continente; el mismo sobre el que se asentara desde hacía siglos, mas a lo náufrago; es decir sin raíces telúricas válidas. Si se miraba en un espejo íntimo se veía también como una Europa más; pero desprovista del necesario cordón umbilical de la tradición histórica europea, o, cuando menos, con una tradición vieja que le era casi totalmente inservible en la nueva morada. El americano se veía, pues, como el hombre del cuento que vendió su sombra; de aquí los esfuerzos semiheroicos y casi ridículos para rescatarla o adquirir una nueva, lo cual nos puede explicar la manía de los norteamericanos de entonces, de querer transformar alguno que otro río norteamericano, en un remedo medieval trasnochado del Rin o del Támesis, a base de erigir por la orillas castillitos y fortalezas que no eran sino lamentables pegotes.

121 Véase en Max Berger, *The British traveller in America*, 1836, 1860, Nueva York, Columbia University Press, 1943, *passim*.

Si miraba Norteamérica hacia el futuro campo de su expansión, hacia Hispanoamérica, en busca de apoyo y sustancia, la repugnancia histórica heredada de tres siglos de conflicto hispano-europeo o hispano-inglés invalidaban todo auténtico deseo de sustentación o de imitación recreadora. ¿Dónde hallar, pues, una sustancia idónea con la que compensar el pecado original de americanizad insuficiente? ¿Cómo curarse de los achaques ocasionados por la carestía histórica? Por el lado hispánico, ya se ha dicho, resultaba imposible; más, ¿y por el lado indígena? Peor aún; precisamente la repugnancia racial anglosajona, de origen calvinista, hacia lo indio, impedía todo sincero esfuerzo de aproximación vital indigenista. Con todo, aún quedaba una postrer posibilidad para el urgente y necesario acercamiento: por el lado artístico y arqueológico era posible empaparse de una auténtica sustancia original americana, sin correr el menor riesgo (al recibirlo todo sin dar nada en cambio) y, sobre todo, sin temor al contagio y a la despersonalización; reviviendo un pasado histórico, que por muerto era aprovechable y, por lo mismo, no peligroso.

Un discípulo del gran taumaturgo John Lloyd Stephens, que como éste aceptaría el valor *clásico* descubierto por su maestro en el pasado indígena maya, pero que ampliaría la lección magistral abarcando con el récipe estético a todas las culturas indígenas de América, demostrará poco después que, sin excepción, todas las civilizaciones indígenas estaban relacionadas entre sí; que los pielesrojas, los aztecas y los incas pertenecieron al mismo tronco racial primitivo; en resumen, que los indios del norte, del centro y del sur estaban emparentados racial y culturalmente.¹²² Con este instrumento estético y unitario, Mayer no sólo reivindicaba el pasado maya, como lo hiciera Stephens, sino todo el pasado indígena continental. La función directora que anhelaba sumir Norteamérica, así como la compensación sustancialista, de que estaba ayuna, habían sido logradas con creces.

Para alcanzar esto se había declarado, primero que todo, el rompimiento con Europa por medio de la autoctonía cultural de América; después se había discutido sobre la antigüedad mayor, y los científicos americanos habían empatado con los europeos en cuestiones de vetustez y prosapia. Por último, Stephens había abierto la trocha artística en el pasado maya, para que a través de ella todo Norteamérica siguiera y tomara conciencia de un pasado histó-

122 *Vide*, Brantz Mayer, *op. cit.*, *passim*.

rico-arqueológico con el cual rellenar estéticamente su vacío americano, ya sin riesgos hispánicos o indígenas. Por razones de primacía en el estudio y por razones de una cultura aborígen continental, Mayer haría asimismo a su país cabeza cultural rectora de toda América; el pecado de americanidad insuficiente y de americana inautenticidad quedaba redimido.

En el sentido que lo hemos analizado, la historia de la arqueología norteamericana se presenta animada de un espíritu singular: ansia de catarsis espiritual al actuar sobre un pasado artístico, indicio juzgado hasta entonces bárbaro y caído; operación que a la larga serviría para absolver a Norteamérica. El cambio de sentido que adelantara Von Hagen no únicamente se había realizado, sino que, además, venía a rellenar muy estética, revolucionaria, antibíblica y antiescolásticamente el vacío histórico de Norteamérica.

Es bien cierto que hoy día los arqueólogos estadounidenses lo mismo cavan en Machu Picchu que en Indochina o en Judea; el mismo desinterés científico parecen mostrar al excavar las tumbas faraónicas que la reconstruir las pirámides de México o del Perú. Pero al hombre observador no se le escapa lo que por un lado es curiosidad científica de la gran nación americana, poseedora de enormes recursos y suficiente formación intelectual para llevar su influencia arqueológica profesional por todo el mundo; y lo que es, por otro, el entusiasmo sustancialista del científico que sabe que opera en su propia casa; queremos decir en su compartido Continente.

Hoy día también el norteamericano de altura –ahora ya no arqueólogo, sino historiador– ha superado su antiguo desapego histórico hacia los hispánico del continente, y se acerca a los países y a la historia de Hispanoamérica en busca asimismo de transcultivo de esencias indohispanas; empero la historia de esta otra aventura del pensamiento, de esta otra vertiente del interés norteamericano no puede tener cabida en este ensayo, pues desbordaría los límites del mismo que nos hemos impuesto. Los Stephens, Prescott, Bancroft, Cooper, Melville, Irving, Whitman, Motley de ayer, así como los Haring, Northrop, Bolton, Morley, Romanell, Hanke, Phelan, etcétara de hoy –por no citar sino a unos cuantos entre los directores del movimiento– son parte de esa grande, generosa y vitalísima corriente estadounidense, dramáticamente interesada en hacer de la cultura norteamericana una auténtica y, permítasenos añadir, ontológica cultura de América.

